

ANTIPOGILICAS

Neoliberalismo,
realismo de izquierda
y autonomismo
en América Latina

Silvina María Romano e Ibán Díaz Parra

Ediciones
Luxemburg

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe
Facultad de Ciencias Sociales | Universidad de Buenos Aires
IEALC

ANTIPOLÍTICAS

Romano, Silvina María

Antipolíticas : neoliberalismo, realismo de izquierda y autonomismo en América Latina / Silvina María Romano ; Ibán Díaz Parra ; prólogo de Atilio A. Boron. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Luxemburg, 2018.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-1709-56-4

1. Política. 2. Neoliberalismo. 3. Izquierda. I. Díaz Parra, Ibán II. Boron, Atilio A., prolog. III. Título.
CDD 321

Antipolíticas: neoliberalismo, realismo de izquierda y autonomismo en América Latina
1º Edición, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, diciembre de 2018

© 2018 Ediciones Luxemburg

© 2018 Silvina María Romano

© 2018 Ibán Díaz Parra

Ediciones Luxemburg

Tandil 3564 Dpto. E, C1407HHF

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

Email: edicionesluxemburg@yahoo.com.ar

Facebook / Ediciones Luxemburg

Twitter: @eLuxemburg

Blog: www.edicionesluxemburg.blogspot.com

Teléfonos: (54 11) 4611 6811 / 4304 2703

Edición: Ivana Brighenti y Virginia Feinmann

Diseño editorial: Santángelo Diseño

Tapa: diseño de Miguel Santángelo

Distribución

Badaraco Distribuidor

Entre Ríos 932, C1080ABE,

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

Email: badaracodistribuidor@hotmail.com

Teléfono: (54 11) 4304 2703

ISBN 978-987-1709-56-4 [libro digital]

ISBN 978-987-1709-53-3 [libro papel]

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

La edición del presente libro contó con el financiamiento del IEALC a través Fondo 2018 asignado por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.



ANTIPOLÍTICAS

Neoliberalismo,
realismo de izquierda
y autonomismo
en América Latina

Silvina María Romano e
Ibán Díaz Parra

Ediciones
Luxemburg
Buenos Aires, Argentina

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe
Instituto de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires
IEALC

Aportes del Pensamiento Crítico Latinoamericano
Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Sociales
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe

Autoridades de la Facultad de Ciencias Sociales
Decana: Dra. Carolina Mera
Vicedecana: Lic. Ana Catalano

Secretaría de Gestión Institucional: Dr. Nicolás Dallorso
Secretaría Académica: Dr. Gustavo Nahmías
Secretaría de Estudios Avanzados: Dr. Julián Rebón
Secretaría de Extensión: Mauro Campilongo
Secretaría de Hacienda: Lic. Diego Muzio

 Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe
Facultad de Ciencias Sociales | Universidad de Buenos Aires

IEALC

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe

Sitio Web: www.iealc.sociales.uba.ar
E-mail: iealc@sociales.uba.ar

Directora: Mabel Thwaites Rey

Comité Académico: Mabel Thwaites Rey, Emilio Taddei, Hernán Ouviaña,
María Alicia Gutiérrez, Luciana Ghiotto, Néstor Boris Kohan, Alexia Massholder,
Agustín Artese, Julieta Grassetti, Miguel Leone, Mariana Campos, Analía Goldentul,
Irene Provenzano, Ruben Levenberg (†).

Asistentes de la Dirección Académica: Silvia Demirdjian, Lucila de Marinis y
Leonardo Altamiranda.

Sumario

Prólogo	
Atilio A. Boron	9
Introducción	
Escenarios de la izquierda en América Latina	17
Capítulo 1	
Políticas contra lo político	27
Capítulo 2	
Antipolítica dura y antipolítica blanda en América Latina	39
Capítulo 3	
El atolladero del libertarismo posmoderno	53
Capítulo 4	
Devenir liberal: el peligro del realismo de izquierda	75
Conclusión	
La hipótesis socialista	91
Bibliografía	95

Prólogo

Atilio A. Boron*

Es para mí motivo de honda satisfacción el haber sido invitado para escribir unas pocas líneas a modo de prólogo de un texto como este, que aborda algunos de los principales desafíos que atribulan a la izquierda latinoamericana –y en cierta medida también a la europea– en el momento actual¹. En efecto, enfrentamos una feroz arremetida del imperio que procura desandar en Latinoamérica el camino iniciado, en su fase más reciente, con el triunfo de Hugo Chávez Frías en las elecciones presidenciales venezolanas de 1998. El objetivo de máxima, sin embargo, va más lejos: arrasar también con todo el acumulado histórico, con el aprendizaje de los pueblos y las enseñanzas de las luchas populares desatadas en todo el continente a partir del triunfo de la Revolución Cubana acaecido casi cuarenta años antes. El ataque del imperialismo, orquestado conjuntamente con los secuaces locales que medran por toda la región, obtuvo algunos éxitos pero también sufrió algunas derrotas. Entre los primeros, una evidente ralentización de la dinámica transformadora que supieron tener las

* Sociólogo, politólogo, docente (UBA-UNDAV), coordinador de la Cátedra de Pensamiento Marxista del Centro de Estudios y Formación Marxista Héctor P. Agosti (CEFMA).

1 Al hablar de la “izquierda latinoamericana” los autores son conscientes de que se trata de un conglomerado muy heterogéneo y que ciertas interpretaciones que se hacen en este libro –y con las cuales estamos de acuerdo– no necesariamente se aplican por igual a todos los casos. Son válidas para la mayoría pero, por suerte, aún sobreviven organizaciones políticas de izquierda que se resisten a arriar las banderas del anticapitalismo y el antiimperialismo. Además, habría que hilar fino para diferenciar entre gobiernos de izquierda y fuerzas políticas y movimientos sociales de izquierda. Pero el argumento que se desarrolla en estas páginas conserva toda su validez en su planteamiento más general.

experiencias progresistas, sobre todo en Venezuela, Bolivia y Ecuador, potenciada sin duda por el *boom* en los precios de las *commodities* latinoamericanas. En el caso de Ecuador, la desaceleración se convirtió de súbito en retroceso cuando el sucesor de Rafael Correa, Lenín Moreno, consumó una infame traición vendiendo la Revolución Ciudadana y sus conquistas al mejor postor y sin ningún tipo de escrúpulos. En Venezuela, el ataque del imperio en sórdida complicidad con sucesivos gobiernos colombianos ha traspasado también todo límite moral. Violentas insurrecciones, asesinatos a mansalva, destrucción de propiedades públicas y privadas, incendio de personas por el solo delito de “portación de cara” chavista son algunos de los jalones de esta brutal contraofensiva que se combinan con una implacable guerra económica destinada a instigar, como consecuencia de las privaciones que ocasiona, el desencanto y la furia de las masas populares contra el gobierno, abriendo el camino para que la burguesía imperial norteamericana se apodere, de una vez y para siempre, del petróleo y las riquezas mineras de Venezuela. Sin embargo, pese a ello, el gobierno bolivariano se ha mantenido sólido en el poder rechazando a pie firme todos esos embates. En Bolivia, la campaña de desprestigio y demonización de Evo Morales no ha hecho sino aumentar con el paso del tiempo y nada autoriza a pensar que la situación podría revertirse en vísperas de las cruciales elecciones presidenciales de 2019. Mientras, Cuba resiste una renovada agresión norteamericana lanzada por Donald Trump que puso fin a la relativa normalización de relaciones inaugurada por Barack Obama en 2015.

Los gobiernos que constituían la versión más moderada de este ciclo progresista y de izquierda: Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay no escaparon a las iras del imperio. Las heridas causadas por la derrota del ALCA en Mar del Plata en 2005 aún no cicatrizan, y los gobiernos progresistas de Argentina y Brasil desempeñaron, según la Casa Blanca, un papel decisivo para la victoria estratégica concebida por Fidel y Chávez. Y eso el imperio no lo olvida ni mucho menos perdona, como lo prueban la destitución de Dilma Rousseff, la cárcel de Luis Inácio “Lula” da Silva y el acoso a Cristina Fernández. En Paraguay Fernando Lugo fue destituido en una escandalosa farsa legislativa y judicial –un juicio político “express”– que se consumó en menos de veinticuatro horas. En Brasil el proceso fue más largo, pero terminó con la ilegal,

anticonstitucional e ilegítima remoción del gobierno de Dilma. En ambos casos, la Embajada de Estados Unidos estaba bajo el mando de un mismo personaje: Liliana Ayalde, lo que no deja de ser una curiosa coincidencia, máxime si se toma nota de que en la actualidad dicha funcionaria es nada menos que la jefa civil del Comando Sur. Los casos de Paraguay y Brasil muestran la eficacia del *lawfare* administrado tras bambalinas por “la embajada” (como lo prueban *ad nauseam* las filtraciones publicada por Wikileaks) e inaugurado algunos años antes, en 2009, en Honduras, y que tuviera como resultado el derrocamiento del presidente José Manuel “Mel” Zelaya. En la Argentina, la inesperada victoria de Mauricio Macri allanó el camino para la recolonización norteamericana del país y la profundización de su dependencia. Todo, por supuesto, con la bendición de la Casa Blanca que ha apoyado sin retaceos el cogobierno entre el FMI y Cambiemos, con las nefastas consecuencias de sobra conocidas. Sólo Uruguay permanece fiel al impulso inicial, si bien apelando a una cautelosa moderación en casi todas sus políticas.

Pero, como decíamos, no todo fue retroceso y derrota. Los designios del imperialismo tropezaron con escollos inesperados: trataron durante sesenta años de derrocar a la Revolución Cubana y no pudieron. Creían que Venezuela volvería a ser una colonia yanqui y el chavismo resiste y resiste. Confiaban en que se habían anexo México luego de 36 años ininterrumpidos de cogobierno entre el FMI, el PRI y el PAN y en las recientes elecciones presidenciales triunfó quien no debía triunfar, el hombre al cual le habían arrojado infinidad de dardos envenenados –populista y “castro-chavista” lo vituperaba la pandilla de embaucadores profesionales dirigida por Mario Vargas Llosa desde el *house organ* de la derecha en España– que se reproducían en infinidad de medios de comunicación latinoamericanos. Sus monigotes en Brasil no tienen condiciones de competir con Lula, y en Perú su lacayo Pedro Pablo Kuczynski tuvo que renunciar acusado de corrupción. Y en Colombia la izquierda entró por primera vez en su historia a la segunda vuelta de la elección presidencial y obtuvo casi 8 millones y medio de votos, cuando apenas cuatro años atrás alcanzaba a duras penas el millón y medio. Derrotas, sí, pero también algunos triunfos resonantes.

En este delicado contexto regional no podría ser más urgente plantearse el tema que Romano y Díaz Parra encaran en su escrito: ¿Qué

hacer? se preguntan, retomando la clásica interrogante de V. I. Lenin. Al igual que este lo hiciera en su libro, la indagación de nuestros autores transita por dos vías: una, por la cuestión ideológica; otra, por la crucial problemática de la organización. En línea con lo que tantas veces observara el revolucionario ruso, la única arma de que disponen las masas plebeyas es su organización. Pero vivimos en una época en donde la ideología dominante predica, para los dominados (no así para los opresores), las virtudes de la antipolítica, lo novedoso, la no organización y el impulso espontáneo de los sujetos políticos, modo subrepticio de rendir culto a un componente central del neoliberalismo: el individualismo, el “sálvese quien pueda” y al margen de cualquier estrategia de acción colectiva. En un pasaje de su libro, nuestros autores observan con justeza que “el partido político acaba asimilado a una coalición electoral y el sindicato a una asociación profesional [...] [al paso que] el vacío dejado por las organizaciones revolucionarias va siendo cubierto en unas ocasiones por las organizaciones no gubernamentales (ONG) y en otras por las iglesias evangelistas, mientras que incluso las protestas y las manifestaciones adquieren un carácter cada vez más apolítico [...] con su hartazgo de la política”, todo lo cual remata en la imposibilidad de cualquier transformación, sea en la política como en la economía. La política aparece como insanablemente corrupta y perversa, y el capitalismo como un baluarte inexpugnable e invencible. El sueño de Francis Fukuyama –o sea, nuestra pesadilla– hecho realidad. Ante ello, lo único sensato que puede hacer la ciudadanía es volverle la espalda a la vida pública, privatizarse, ensimismarse en la satisfacción de sus necesidades y tramitar su vida cotidiana a través del mercado. Olvidarse de partidos, sindicatos y movimiento obrero es la voz de orden. La ideología es un anacronismo, y el ideal comunista es reemplazado por el ideal consumista. La degradación del ciudadano lo convierte en consumidor, las más de las veces de bienes que jamás estarán a su alcance. Escapar de este callejón sin salida exige romper con la cultura dominante y visualizar los contornos de una alternativa post o anticapitalista –que las grandes usinas ideológicas del neoliberalismo bien se cuidan de ocultar o descartan como mortíferas “utopías”– y concebir las formas organizativas apropiadas para el logro de ese objetivo.

La izquierda latinoamericana lleva décadas empeñada en una laboriosa reconstrucción para salir de este atolladero. Hasta ahora los

esfuerzos, aseguran Romano y Díaz Parra, no han dado buenos frutos y la razón es clara y distinta: la perniciosa influencia del posmodernismo como cultura dominante del tardocapitalismo que se expresa a través de dos variantes: el autonomismo y el posibilismo, o falso realismo de izquierda². Los autores aseguran con razón que ambos terminaron siendo colonizados por el sesgo antipolítico y el fatalismo capitalista de la ideología dominante. El autonomismo, porque su ciega fe en la eficacia del espontaneísmo y de un “basismo” que desprecia la organización (no sólo el modelo de partido leninista de 1902 sino cualquier forma de organización) ante un enemigo de clase que planifica y se organiza de manera extraordinaria esteriliza todos sus esfuerzos y lo condena a una parroquial irrelevancia, una fuga hacia una catarsis privada de toda potencialidad transformadora. Otro tanto ocurre con el posibilismo o falso realismo de izquierda, porque al postergar *sine die* la lucha contra el capitalismo y el imperialismo queda atrapado en las redes del sistema, asfixiado por sus múltiples dispositivos y sin ninguna potencialidad estructuralmente transformadora.

¿Dónde encontrar la salida? Con muy buen tino, nuestros autores se abstienen de dar una receta. Ninguna revolución ni ningún gran movimiento social se constituyeron a partir de un libreto previamente escrito. Si algo distingue a los procesos revolucionarios es su irreductible originalidad. Es obvio que siempre habrá algunos elementos comunes en todas aquellas fuerzas que se proponen abolir al capitalismo y combatir al imperialismo. Pero lo que las distingue siempre es su originalidad: la Revolución Rusa fue original, como también lo fue la Revolución China, la Vietnamita, la Cubana, la Bolivariana y todas las demás. La revolución no puede ser calco y copia, decía con razón Mariátegui, anticipando lo que sobrevendría hacia el final del siglo XX.

Las formas organizativas que impulsarán la revolución anticapitalista que necesita la humanidad para, según insistiera Fidel, salvarse

2 A estos podríamos agregar una tercera variante: el infantilismo izquierdista, expresado –principal si bien no exclusivamente– por distintas ramas del trotskismo que deslumbradas ante la belleza de la inminente revolución pierden por completo de vista al actor principal del drama latinoamericano: el imperialismo, y se refugian en su gueto político a la espera de la hora final cuando irrumpirá la revolución “químicamente pura”. De ahí su generalizada repulsa a los gobiernos y fuerzas políticas que en los últimos años libraron batalla contra aquel, fulminados todos por igual con el mote de “reformistas”.

del seguro apocalipsis al que la condena el capitalismo serán producto de la praxis histórica de los pueblos, de su rebeldía, de sus tradiciones de lucha, del valor y la clarividencia de sus líderes. Pero algunos componentes tendrán que estar presentes, pues de lo contrario jamás se podrá llegar a tomar el cielo por asalto. Eso no se logrará sin una aceitada y democrática organización del campo popular; sin una adecuada estrategia general de lucha y de largo aliento; sin tácticas correctas y eficaces para acumular fuerzas en cada coyuntura; sin apelar a todas las formas de lucha, como hace la burguesía; sin una preparación ideológica de las masas, librando esa batalla de ideas que, una vez más, requería Fidel tras los pasos de Martí y Gramsci; sin abandonar definitivamente los cantos de sirena que aseguran que se puede cambiar el mundo sin tomar el poder; sin dejar de pensar por un minuto que la conquista del poder del Estado (¡y no sólo del gobierno!) es el problema principal de la revolución; sin tener en claro que en las degradadas periferias del capitalismo mundializado el antiimperialismo es el corazón de cualquier tentativa emancipadora; y sin olvidar que la derecha, que se opondrá con todas sus fuerzas al proceso revolucionario, estará permanentemente al acecho y que en caso de que logre prevalecer no dudará un minuto en pasar por las armas a los revolucionarios. Para quienes piensen que estoy exagerando, los invito a recordar lo que fue la dictadura cívico-militar argentina entre 1976 y 1983; o la Operación Cóndor en la América Latina de los setenta; o las continuas matanzas de luchadores sociales en países como México, Brasil o Colombia, entre los más virulentos; o lo que fueron las invasiones en Irak y Libia, o lo que está ocurriendo hoy mismo en Siria o, para quienes desconocen esa experiencia, lo sucedido con el Plan Jakarta puesto en marcha por el gobierno de Estados Unidos en 1965 en Indonesia, con los militares que exterminaron, uno a uno, a por lo menos 500 mil miembros del Partido Comunista o acusados de serlo y partidarios además del gobierno nacionalista de izquierda de Sukarno³. Quienes realmente estén dispuestos a librar una

3 Como consta en los documentos de la Embajada de Estados Unidos en Jakarta que fueron desclasificados en 2017. Algunas otras fuentes elevan considerablemente el número de esa matanza hasta unos 3 millones. Ver estos y otros datos oficiales del gobierno de Estados Unidos en <<https://nsarchive.gwu.edu/briefing-book/indonesia/2017-10-17/indonesia-mass-murder-1965-us-embassy-files>>.

lucha contra el capitalismo y el imperialismo deberían tener siempre presente contra qué clase de enemigo están luchando y lo que es capaz de hacer. Y reflexionar sobre los temas que con tanta lucidez y espíritu anticapitalista exponen Romano y Díaz Parra en su libro.

Buenos Aires, 31 de agosto de 2018

Introducción

Escenarios de la izquierda en América Latina

La encrucijada de los gobiernos progresistas

La izquierda está en crisis. Esta es una afirmación bastante común. Venimos de muchas crisis de la izquierda. Considerando el tiempo de mediana duración, habría que mencionar la crisis que se mueve entre los setenta y los ochenta, según la región del globo y según los contextos, pero que en definitiva acaba por ser la crisis de los ciclos de luchas iniciados a finales de la década del sesenta. Una crisis que se prolongaría hasta la caída del muro marcando el supuesto ocaso de la izquierda revolucionaria y dejando paso al pretendido fin de la historia y de las ideologías. Aquí se adivina una crisis que se ha convertido en endémica de la izquierda desde entonces, con síntomas claros en la falta de planteamientos universalistas y superadores del capitalismo y cuyo nombre es neoliberalismo.

También global, pero inmediata en el tiempo, sería la crisis política a la que da paso el agotamiento de los movimientos de protesta que surgieron aparentemente, de forma más directa o indirecta, como respuesta a la crisis del capitalismo global de 2008. Las protestas masivas y formalmente innovadoras saltaron del Mediterráneo árabe al Mediterráneo europeo, de México y Brasil al propio corazón del imperio. Sin embargo, *Occupy*, *Yosoy131* o el 15M compartieron un rechazo a la política, un carácter espontaneísta y un desdén hacia cualquier planteamiento estratégico que ahogó a los movimientos en poco tiempo. Hoy, los planteamientos conservadores son más fuertes que nunca, y la única ruptura parece ser la que proporciona un giro reaccionario que vuelve a dejarse sentir en ambas orillas del Atlántico.

Una crisis de la izquierda, más cercana, pero que no deja de estar relacionada con lo anterior es la principal preocupación en América Latina. Desde fines de 2015, se declaró apresuradamente el fin del ciclo de los gobiernos progresistas. El fin de ciclo es una reivindicación, por supuesto, de las distintas derechas de la región y del mundo. También puede haber sido conjurado de forma aliviada por ciertas izquierdas, a las que las contradicciones evidentes que llevan aparejadas estos gobiernos les hacen preferir una situación de resistencia fuera de la trinchera política del Estado. No podemos saber por el momento si realmente nos encontramos en un fin de ciclo. Esa tarea de interpretación merece algo más de distancia histórica. De lo que no hay ninguna duda es que nos encontramos en un momento político clave en la región, para los gobiernos progresistas, para el conjunto de la izquierda y para el conjunto de la población, muy especialmente las clases populares. El momento actual vuelve a plantear el problema de imaginar la utopía, de imaginar otra sociedad, de cómo la estamos imaginando o de por qué no podemos hacerlo.

¿A qué se debe la virulencia del ataque de un sistema económico global aparentemente omnipotente contra los gobiernos progresistas de América Latina? Estos gobiernos han marcado un cambio real no sólo a nivel regional sino a nivel global, y por esa razón han debido confrontar a todas las fuerzas políticas, económicas y culturales del sistema o manipulables por el sistema. Es así porque en esta profunda crisis global de la izquierda, que se extiende durante las últimas tres décadas, fueron prácticamente el único poder geopolítico que realizó una política antagonista, desobediente y al mismo tiempo progresista. Nuestra tesis es que estos gobiernos han implicado un elemento intolerable para el cómodo dominio del sistema capitalista global, principalmente por la contestación que suponen frente al fin de la historia, fin de las ideologías, fin de las utopías y, en definitiva, fin de la política. El auténtico valor de la experiencia, en conjunto, a pesar de las enormes diferencias entre los distintos proyectos, ha sido para la región y para el mundo la posibilidad de re-politizar la sociedad, la economía y el Estado, tras una ofensiva que continúa y que se dirige precisamente a su despolitización y su vaciamiento. Y es que los gobiernos progresistas abrieron diferentes espacios de lo posible, generando un potencial de lucha que fue reapropiado por grupos

y sectores organizados, superando en ocasiones la propia voluntad de tales gobiernos. Esto implica un cambio rotundo respecto de la década del noventa y frente a las medidas actuales de los gobiernos reaccionarios de Argentina y Brasil, que parecen erigirse en la ilusión de la superación de todo antagonismo en una gestión eficiente y desapasionada de la economía y el Estado; ilusión que es rápidamente desdibujada por una realidad en la que ese potencial alimentado durante los gobiernos progresistas se hace presente una y otra vez en las reivindicaciones y luchas que adquieren un carácter de clase cada vez más marcado frente a la reacción conservadora.

Política antipolítica

Si el nombre de la crisis es neoliberalismo, la forma política que adopta su hegemonía es la del exilio radical de cualquier antagonismo de la esfera de la política. Desde la filosofía política crítica, que aspiraba a superar los aparentes callejones sin salida en los que supuestamente había acabado la economía política marxista, se encontraron de bruces en los años noventa con lo que denominaron una situación pospolítica. En lugar del prometido desplazamiento del antagonismo desde la oposición capital-trabajo hacia otras formas de conflicto y la emergencia de múltiples problemáticas de carácter cultural que disputarían el campo de lo político, lo que irrumpió fue el cierre ideológico en torno a la democracia liberal y la economía de mercado. En este marco, toda ambición política pensable se reduce a una gestión eficiente del Estado y la democracia se convierte principalmente en un asunto de mercado, en el que los votantes eligen entre distintos productos, que se imponen a otros gracias a sus innovaciones estéticas y discursivas, a pesar de tener utilidades equivalentes.

La imposibilidad de la transformación social ya no viene dada tanto por un gigante burocrático y militar, sino porque cualquier planteamiento superador del capitalismo se convierte en impensable. Del conservadurismo reaccionario pasamos a gobiernos que no tienen problemas en adoptar un talante progresista y un conservadurismo que es capaz de hacer concesiones culturales, siempre que no se toque lo que se considera indispensable e incuestionable, que es el conjunto de las formas de producción, distribución y consumo sobre

las que se cimienta la circulación del capital. La fuerza militar, a pesar de las regresiones, debe ir dejando en este contexto paso a la manipulación directa a través de los medios de comunicación, la judicialización de las relaciones sociales y el consumismo hedonista o precario como formas de control social.

En el ámbito de la organización social, el partido político acaba asimilado a una coalición electoral y el sindicato a una asociación profesional. El vacío dejado por las organizaciones revolucionarias va siendo cubierto en unas ocasiones por las organizaciones no gubernamentales (ONG) y en otras por las iglesias evangelistas, mientras que incluso las protestas y las manifestaciones adquieren un carácter cada vez más apolítico (como tristemente reflejan gran parte de las grandes protestas desde 2011 con su hartazgo de la política, que parece una interiorización de la imposibilidad de cualquier transformación en este ámbito).

¿Podemos utilizar el marco de la filosofía política desde una óptica revolucionaria? A decir verdad, la supuesta situación pospolítica adopta la forma que debería tener la expansión y consolidación del *ethos* capitalista, que se impone a nivel global sin encontrar rivales. Finalmente, muchas de estas ideas son formas de no mencionar uno de los conceptos que fueron enviados al sumidero de los términos científicos y políticos junto con gran parte del marxismo en la huida hacia adelante de la izquierda en la década del ochenta: la ideología. El concepto de ideología desapareció de escena al tiempo que la crítica ideológica se convertía en una operación casi universal dentro del posestructuralismo, lo cual debería resultar cuanto menos sospechoso (en términos ideológicos). La filosofía política tiene una necesidad de plantear un mercado de productos políticos y simular la existencia de una libertad de elección entre ellos. Quizá la pospolítica es la forma en que los filósofos políticos críticos se dan cuenta de la ausencia de opción y de la falta de sentido de su disciplina cuando no hay opción política. O, dicho de otro modo, quizás es otra forma de denominar, ante el fin de las ideologías conscientemente asumidas, la consolidación de la ideología sistémica, que no se llama a sí misma ideología, sino que adquiere la forma del sentido común. La pospolítica podría así entenderse como una situación de dominio ideológico total instrumental al capitalismo.

Debemos cuestionar el hablar de una situación pospolítica en América Latina. Sea por el *ethos* barroco al que se refiere Bolívar

Echeverría, sea por la persistencia de las situaciones de mayor desigualdad socioeconómica del globo, sea por la supervivencia –a pesar de todos los obstáculos– de una tradición de lucha, desde esta región han surgido los principales desafíos al consenso neoliberal en las últimas dos décadas. Lo que sin duda existe son estrategias antipolíticas, políticas que se dirigen al vaciamiento de los contenidos políticos de la sociedad. Las dictaduras militares en el continente y la acción de los paramilitares han sido una versión dura de este vaciamiento, a través de la eliminación física de los rivales políticos, de aquellos que plantean una sociedad diferente. Desde los noventa, sin embargo, se habría ensayado una versión blanda. La transformación de las elecciones en un espectáculo mediático, la externalización de las políticas sociales hacia ONG o la delegación de las capacidades de ordenación económica en exclusiva en los agentes privados son las formas más evidentes, que vuelven a presentarse con mayor fuerza desde 2016.

Frente a esta nueva ofensiva antipolítica, es evidente que hay que reconstruir la izquierda. La izquierda lleva reconstruyéndose ya casi medio siglo. El problema es que la forma que ha venido adoptando esa posible reconstrucción es la de una izquierda insuficiente y efímera, una izquierda impotente. Una reconstrucción de la izquierda transformadora pasa por criticar estas falsas reconstrucciones. Dentro de las tendencias netamente posmodernas de la izquierda hay dos corrientes, aparentemente muy alejadas entre sí, que tienen un protagonismo relevante en los acontecimientos políticos de las últimas décadas: el autonomismo y el realismo de izquierdas. En el contexto de crisis de los gobiernos progresistas ambos se presentan como opciones lógicas para un replanteamiento de las fuerzas transformadoras. Nuestra tesis es que, en la práctica, ambos contienen un riesgo importante de ser colonizados por la ideología dominante debido a que cada uno de ellos, a su manera, tiene un contenido antipolítico y carecen de un horizonte de superación del capitalismo neoliberal.

El refugio en el espontaneísmo

Del libertarismo posestructuralista actual podemos vislumbrar dos prácticas políticas principales, que no son su resultado, pero son objeto constante de su apología: el espontaneísmo y el autonomismo.

En cualquiera de los casos se abandera una supuesta superación de la vieja izquierda, del movimiento obrero, de los partidos y los sindicatos. En su lugar irrumpen las luchas culturales. Frente al materialismo del período anterior se persigue el reconocimiento de la identidad. Frente a la toma del Estado y la transformación histórica de la sociedad, se impone la creación de comunidad y relaciones sociales diferentes en lo local y lo inmediato.

Es cierto que el giro a la izquierda más reciente en el continente latinoamericano vino sustentado por grandes movilizaciones masivas: las guerras del agua y el gas en Bolivia, el estallido de 2001 en Argentina, etc. Estas movilizaciones suponen una expresión fundamental del ser colectivo. No sólo en su momento constituyeron una expresión popular de rechazo a las políticas neoliberales concretas, sino que la propia movilización en sí implicó un repudio de la atomización y el individualismo al que empuja la ideología dominante de la sociedad de mercado. Por decirlo así, la gran movilización, espontánea, no organizada estratégicamente, masiva y popular, rompía la prisión individual en la que nos encierran las leyes y las instituciones del capitalismo. Estas movilizaciones abrieron el horizonte de posibilidad para realizar política antagonista.

Sin embargo, la gran movilización, la masa, no está exenta de elementos antipolíticos. El poder indiscutible de los muchos en la calle rompiendo el orden institucional abre la puerta al riesgo del enamoramiento con el momento bonito y el rechazo a cualquier tipo de organización, símbolos políticos, estrategias que “ensucien” la “pureza” del momento. La única acción política válida es la protesta, cuanto más espontánea y menos vinculada a un compromiso político a largo plazo, mejor, más pura y más legítima. Por el contrario, la acción política organizada, con un rol dentro de planteamientos estratégicos, con personas organizadas y formadas que discuten políticamente, se convierte en la más monstruosa amenaza a la belleza impoluta de la movilización espontánea. Sin embargo, la movilización en sí misma no es suficiente. Abre la posibilidad de la política, pero no es política en sí misma (Dean, 2016). Con el tiempo se agota y deja en un silencio angustioso al radical de izquierdas. Por otro, esta apertura a la posibilidad de la política puede ser utilizada en múltiples direcciones, y lo será por unos o por otros. El que piense que las fuerzas aquí desatadas

tienen necesariamente una orientación progresista por el mero hecho de la presencia de la masa está equivocado. En realidad, el rechazo a la organización es el triunfo del individualismo más conservador que pudiera concebirse, en el que se busca una política sin el conflicto y los problemas que genera el número, una política sin política.

Como la gran movilización se agota, surge el discurso de las grietas, de las pequeñas utopías, de las luchas en lo local. Aquí se alterna entre el repudio a la organización revolucionaria y el rechazo frontal a las instituciones del Estado. Toda forma de institucionalización y de delegación se rechaza. En algunos casos se ofrece la asamblea como única forma legítima de organización, generalmente sin tan siquiera plantear los múltiples problemas que esta fórmula encuentra. En otros casos, se asume la organización, pero se la toma como un ente aislado del resto de las instituciones de la sociedad. Como respuesta al fetiche del Estado aparece una fetichización de lo local y lo comunitario.

El autonomismo irrumpe como una forma de generar estas microutopías en lo local y lo comunitario. En ocasiones de forma genuina y en otras como una manera siempre insuficiente de expandir y repetir a una escala menor el momento bonito. Las construcciones microutópicas son siempre interesantes y suponen modelos experimentales necesarios. Su problema es que es fácil que se desarrollen de forma independiente a lo que sucede a su alrededor. Salvamos una casa mientras perdemos la ciudad, y un pueblo mientras perdemos un país. El parroquialismo de la izquierda radical se hace inevitable en el momento en que se renuncia a la institución mediadora que supone la organización revolucionaria. La organización debe tejer las distintas solidaridades locales entre sí y traducir su realidad incontestable en un proyecto político común y en una serie de valores universales que lo guíen. En ausencia de esto encontramos sólo fragmentación, impotencia política e incluso ciertas formas de conservadurismo tradicionalista.

El autonomismo puede ser una forma digna de continuar la lucha en un contexto de derrota. Como un grupúsculo guerrillero aislado en territorio enemigo que se niega a entregar las armas. Pero tiene también la derrota y la resistencia desesperada como parte de su ADN. Hay un profundo escepticismo sobre las posibilidades de la política implícita en esta posición.

La deriva del realismo de izquierda

¿Qué amenazas se encuentran en la propia gestión tecnocrática del Estado para la izquierda? Por un lado, la dinámica de los gobiernos progresistas, identificada con liderazgos fuertes y acuerdos políticos complejos entre facciones, organizaciones, grupos y movimientos diversos ha tenido una utilidad indudable. La retórica del populismo ha definido bastante bien algunos de los aciertos de estos gobiernos. Parecería esto entonces confirmar la hipótesis populista de Laclau como única forma de politizar el Estado y la sociedad. Sin embargo, los riesgos de este planteamiento se hacen claramente patentes en el momento actual. La conexión directa del líder mesiánico con la masa, sin intermediarios, tiene como primera consecuencia la alarmante falta de recambios efectivos para el líder. Esto hace extremadamente vulnerable cualquier proyecto de transformación, en la medida en que su muerte (o inhabilitación) corre el riesgo de acabar con el proceso. Por otro lado, la articulación de un movimiento de múltiples fragmentos requiere de esa figura en la que identificarse como única posibilidad de dar cuerpo a un sujeto político. La falta de instituciones mediadoras aquí es otra versión del rechazo o renuncia a la construcción de la organización revolucionaria. Si bien los liderazgos son indispensables, la única forma de sobrevivir a la muerte del liderazgo parece ser una organización bastante fuerte en la que resida el prestigio y la legitimidad y que permita articular las solidaridades locales en aras de un proyecto de cambio y unos valores. Por otro lado, en este planteamiento, el propio componente nacionalista tiende a primar por encima de la búsqueda de una transformación social. La externalización del enemigo, el que no es pueblo, como motor ideológico de la lucha lleva finalmente a salvar al sistema, la sociedad de clases. La lucha es la transformación de la propia sociedad, lo que no niega la existencia del enemigo externo.

Por un lado, la crisis de los gobiernos progresistas reivindica un “giro hacia la sensatez”. Hay que actualizar el lenguaje (cierto), superar viejos tópicos ideológicos como el imperialismo, eludir la confrontación, interpelar a la clase media. La derrota electoral, o el reflujo, se identifica con una sociedad a la que ya no le vale el discurso incendiario y antagonista o a la que no llegan los beneficios sociales para

pobres. Se interpreta que la sociedad ha cambiado radicalmente y que el proyecto político debe cambiar con ella. Hay aquí una deriva –que ya es clásica en la izquierda– hacia planteamientos supuestamente sensatos que acaban por implicar el abrazar cierto tipo de liberalismo sin muchas ambigüedades. De esta manera, se pasa de planteamientos economicistas y clasistas a otros basados en la profundización de la democracia liberal, en los avances en materia cultural y en la interpelación a identidades no de clase sino culturales, o más frecuentemente a una ambigua y amorfa clase media que supuestamente está llamada en algún punto a ser el grupo mayoritario en nuestras sociedades. Desde esta perspectiva se pueden lograr avances significativos para determinados grupos de la sociedad, o incluso para el conjunto de la misma. Algunos de estos avances parecen ser hoy día indispensables e improporrogables. Sin embargo, hay que atender también a lo que se pierde con este giro (liberal y realista). El rechazo al clasismo y al economicismo de la vieja izquierda ¿no acaba por implicar asumir la despolitización de la economía como una esfera que debe actuar de forma independiente a la política, en el plano de los agentes libres del mercado? ¿Y no es este el objetivo por excelencia del neoliberalismo? El realismo de izquierda requiere en esta forma renunciar a un horizonte de superación del capitalismo. Cuenta en este sentido un componente antiutópico que no tiene el autonomismo y contribuye al vaciamiento de los contenidos políticos revolucionarios de forma mucho más clara y contundente.

En realidad, el liberalismo de izquierda tiene ya una larga trayectoria. No hay nada en este realismo de izquierda que no haya ofrecido ya Bachelet en Chile o Rodríguez Zapatero en España. Para ese viaje no hacen falta tantas alforjas. De tanto renegar del socialismo real y alejarse del marxismo han abrazado sin culpa al liberalismo y todos los dogmas de la ideología dominante. Esta deriva se convierte en cómplice de las estrategias antipolíticas del neoliberalismo, participando en el conjunto de productos electorales que ofrece el mercado al consumidor individual. La propia idea de la clase media, que no es una realidad inevitable ni sustancial de la sociedad sino una construcción política y económica, es conservadora y antipolítica en sí misma. La clase media rápidamente monta en cólera y expresa su radicalismo en manifestaciones apolíticas. Sin embargo, su objetivo

último es poder volver a sus negocios. La clase media siempre vive en la sociedad civil como una esfera radicalmente separada de la política institucional y profesional, de la cual es su perfecto complemento. En la democracia de masas, la masa tiende a votar masivamente en algún u otro momento a la derecha. Que la izquierda se transforme en derecha no es ninguna solución.

No hay ninguna novedad en las salidas que ofrecen el realismo de izquierda, las políticas culturales o el autonomismo. Reivindicarlas como una novedad y una salida a la vieja izquierda obrerista y desfada es un discurso paradójicamente anticuado. Lo más grave de esto, obviamente, no es su antigüedad. Lo más grave es que, después de varias décadas de discursos y prácticas de este tipo, las evidencias son lo suficientemente claras para dar cuenta de que este es un camino hacia ninguna parte. Es un camino hacia la negación de la propia política, porque implica la renuncia a transformar significativamente la sociedad para una izquierda que tiene este objetivo en su propio ADN.

¿Qué hacemos entonces? ¿Esperamos a los marcianos¹? El presente ensayo critica la pérdida de una perspectiva transformadora en la izquierda. Esta perspectiva debe orientarse a la transformación del sistema, la transformación del capitalismo, en palabras de García Linera (2015): la búsqueda/construcción de un “horizonte comunitario viable y alternativo”. Concluimos que, sin una perspectiva utópica superadora del capitalismo, en la izquierda sólo existen un conjunto de bonitas ideas liberales que operan oportunamente dentro de los marcos de un sistema que no conciben cambiar. No obstante, proponer la necesidad de un planteamiento anticapitalista pasa por recuperar una política de clase. Si no hay clases y no hay posiciones explotadas en torno al modo de producción, no hay necesidad de una organización de clase ni de un objetivo anticapitalista. Plantear la organización revolucionaria y de clase es plantear la construcción de la propia clase como sujeto político, con un objetivo emancipador. No hay anticapitalismo sin organización anticapitalista y no hay organización anticapitalista sin organización de clase.

1 Le decía Laclau a Žižek por la crítica que este le hacía ante su deriva liberal.

Capítulo 1

Políticas contra lo político

La política y lo político

El nuevo gobierno que llegó al poder en Argentina en diciembre de 2015 -que casi no se creía su inesperada victoria- se apresuró a tomar varias medidas de gran calado que implicaban un giro respecto de los intereses defendidos por los gobiernos anteriores. Se trataba de una serie de lineamientos que teóricamente reintegraban a la Argentina en el consenso internacional. El gobierno devolvía la economía a sus legítimos dueños (a los especuladores y al FMI), levantando las restricciones y regulaciones implantadas con grandes dificultades en los períodos anteriores, regresando las cosas a la normalidad tras un período de marginalidad, exclusión del sistema global e infantilismo político por parte de los gobernantes. Una vuelta al sentido común que venía acompañado de un nuevo talante que pretendía superar la polarización anterior, mostrándose como un gobierno ajeno a cualquier conflicto político, a cualquier “ideología”, dispuesto a desarrollar buenas ideas y buenas políticas independientemente de su origen. Lo importante no es el color del gato, sino que cace ratones, decía la frase de Deng Xiaopin que gustaba de citar Felipe González.

Una medida aparentemente anecdótica que se adoptó en este contexto fue la impresión de nuevos billetes de cantidades mayores. El contenido más superficial se percibe en los diseños de los nuevos billetes. Los impresos en la etapa kirchnerista recurrían a los próceres del Estado criollo, algo bastante convencional, junto a otros elementos con significados políticos más recientes, también ligados de una u otra manera al Estado-nación argentino, desde las Malvinas a las Madres

de la Plaza de Mayo. Los nuevos, por el contrario, realizan una combinación invariable de forma y fondo que presenta un animal (relacionado con el territorio argentino, eso sí) y su paisaje correspondiente –de hecho, alguien tuvo la brillante idea de retocarlos digitalmente sustituyendo los animales por personajes de Disney–.

¿Es posible que la política que traen los nuevos gobiernos conservadores tenga precisamente una forma antipolítica? ¿Es posible que se estén utilizando las instituciones políticas para eliminar los significados políticos anclados en la sociedad? Si el Estado es la máxima expresión de las capacidades políticas de una sociedad, ¿cómo es posible que su funcionamiento pudiera estar actuando para minar cualquier contenido político? Los billetes con animalitos son parte de un proceso de eliminación de símbolos políticos de las instituciones, lo que parecería una contradicción en sus propios términos. Pero no lo es. El cambio de los símbolos impresos en los billetes es una operación simbólica que va mucho más allá de lo evidente y que demuestra una voluntad de sacar las manos políticas de la esfera de la economía. ¿Y no es este el objetivo último de toda política neoliberal?

Puede entonces que plantear una política antipolítica no sea tan contradictorio. La clave del problema podría hallarse en una diferenciación bastante común en la filosofía política entre “la política” y “lo político”. Siguiendo a Echeverría (1998) en un trabajo que dialoga con esta corriente del conocimiento, podríamos entender la política como el conjunto de instituciones y mecanismos políticos aceptados por una sociedad, la política con mayúsculas, la política de los políticos. Por su lado, lo político sería el contenido sustancial de la política, la capacidad de decidir sobre los asuntos de la vida en sociedad, de fundar y alterar la legalidad que rige la convivencia y dar forma a la sociabilidad humana. Entendemos lo político como la capacidad de intervenir, actuar y en última instancia transformar los órdenes de sociabilidad, los acuerdos socioecológicos que rigen la realidad cotidiana del cuerpo social y de su relación con el medio en que habita.

La distinción cobra una especial urgencia para Bolívar Echeverría en la medida en que existe una tendencia de la política institucional a fagocitar todos los contenidos políticos. Siguiendo a Hegel, señala la existencia de distintas esferas para el desarrollo de lo político que conviven e interfieren: el Estado, las relaciones mercantiles de la

sociedad civil y las políticas de la comunidad natural. Sin embargo, existiría una tendencia a identificar al Estado con el principio y el fin de la política, como un elemento que fagocita cualquier otra esfera política posible, integrándolas en un nivel superior. De esta forma, llegamos al problema que podríamos denominar del fetiche del Estado, como un tipo de operación ideológica en la que lo político se convierte en monopolio exclusivo de la política. Lo político se reduce así a la gestión política pragmática, trabajando exclusivamente en el ámbito de las instituciones sociales. Una concepción reduccionista de la política que la limita a las instituciones relacionadas con el gobierno del Estado, a una clase política profesional, a una Política con mayúsculas separada de lo que es considerado lo social, lo cultural o lo referente a “la sociedad civil”. El Estado y la sociedad política se tornan en una abstracción que se separa de la sociedad civil como realidades independientes. Esta es una operación de la ideología liberal por excelencia. La política liberal, en última instancia, siempre se pone por objetivo la eliminación en la práctica de esta dimensión característica de la vida humana que es la capacidad de cambiar la forma de la sociabilidad (Echeverría, 1998: 79-80).

Aquí postulamos que el problema principal y actual de este reduccionismo, que tiene todo que ver con el pensamiento liberal, es el problema de una política que se sitúa progresivamente en una esfera antipolítica. ¿Qué entendemos por antipolítica aquí? El proceso de vaciamiento del contenido político de las instituciones públicas y de la sociedad en su conjunto. Proponemos en relación con esto que las actuales estrategias de la clase dominante son antipolíticas. El pensamiento liberal siempre ha estado preocupado por ceñir la política a unos límites que permitan el mantenimiento de unos órdenes de sociabilidad estables, es decir, por eliminar el antagonismo entorno a las distintas posibilidades de ordenar la sociedad. El objetivo sería eliminar la posibilidad del momento político por excelencia, lo que Echeverría denomina “el momento extraordinario de la política”, que abre en mayor o menor medida la posibilidad a la transformación de la sociedad: la guerra, la crisis, la revolución, etc. La antipolítica reduciría lo político a su momento pasivo, reproductivo y fundamentalmente apolítico, de gestión de los acuerdos, las reglas, el orden general adoptado en un determinado momento por la sociedad.

Esta cuestión no parece necesariamente nueva y recuerda al menos dos debates teóricos de cierto calado. En primer lugar, las discusiones sobre la pospolítica en la filosofía política crítica. En segundo lugar, el viejo debate, aparentemente maltratado por el tiempo, de la ideología dominante en términos marxistas.

Pospolítica e ideología

Alguna vez se ha hecho referencia a la existencia de una situación pospolítica en algunos países de la región (Romano y Díaz Parra, 2016). Los términos pospolítica o posdemocracia comienzan a utilizarse desde la filosofía política para referir a la situación producto del declive y posterior derrumbe del socialismo real, en el que se fosiliza un marco incuestionado de democracia representativa, economía de libremercado y liberalismo cosmopolita. Para Mouffe, lo político es la dimensión del antagonismo constitutivo de todas las sociedades humanas, mientras que lopospolítico sería un orden hegemónico en el cual la dimensión antagonista de lo político se encuentra reprimida. En esta situación, el componente de conflicto y disputa en torno al orden social, que se identifica con “lo político”, es progresivamente “colonizado” por la política, entendida como un mecanismo tecnocrático. En la pospolítica, las contradicciones se verían reducidas a problemas de gestión que deben ser manejados por expertos, legitimados a través de procesos participativos prediseñados donde el espectro de posibles resultados está predefinido y limitado. La posdemocracia de Rancière, por su lado, consistiría en una erradicación de la democracia en el nombre de la misma democracia, en unos términos idénticos a los referidos para la pospolítica. El principal mecanismo de ambos sería un cierre que anula el horizonte de posibilidades políticas (Wilson y Swyngedouw, 2015).

Más que el uso que Mouffe o Rancière pudieran hacer de la pospolítica o la posdemocracia, nos interesa la crítica de Slavoj Žižek (2011) a este planteamiento. Para él, lo que los filósofos franceses denominan pospolítica sería el cierre del horizonte de la lucha de clases, como antagonismo político radical que es erradicado del marco de posibilidades, de tal manera que el orden social existente se convierte en el único posible. A nivel simbólico, los mecanismos

institucionales de la economía global sustituirían las viejas estructuras políticas, como el Estado-nación, lo que podría entenderse como una reducción de lo político a lo económico. Actualmente, la afirmación de Marx sobre el Estado como un simple agente del capital internacional es una afirmación cada vez más evidente y menos escandalosa. Por lo tanto, leyendo esta problemática desde Echeverría, habría una complementariedad entre dos operaciones que coinciden en el contexto posmoderno y neoliberal. Por un lado, la separación aparente del Estado de la sociedad civil, esto es, de la esfera de la economía, que opera el fetiche del Estado y que implica una despolitización de la economía, la incapacidad de las instituciones donde se practica una política pública de controlar los mecanismos de la economía. Por otro lado, el dominio en la práctica de la “protopolítica de la sociedad burguesa” sobre las instituciones del Estado, la subordinación de estas últimas a los intereses de la clase capitalista, imponiendo a la vida política una reducción del horizonte según la cual “la preocupación por la vida de la comunidad coincide con la preocupación por la acumulación de los capitales” (Echeverría, 1998: 92). Para Žižek, la despolitización de la economía es la fantasía fundamental de las políticas posmodernas, por lo que un acto propiamente político en la actualidad debería implicar su repolitización. Aquí estará la brecha que separa al acto político respecto de la administración de las cuestiones sociales, que no sale del marco de las relaciones sociopolíticas existentes: el acto de intervención político no es sólo algo que da resultado dentro del marco de las relaciones existentes sino algo que cambia el marco mismo que determina el funcionamiento de las cosas (Žižek, 2011: 216).

La gran acusación de Žižek contra la filosofía política (Ranciere, Badiou, Balibar) (Žižek, 2011: 253-256) es que caen en lo que denomina una trampa de la política “marginalista”, que contiene las semillas de su propio fracaso. La base teórica de esta perspectiva reposa en la oposición entre la política y lo político, que remite a la oposición entre el orden constituido y su ruptura en busca de justicia. Sin embargo, esta debe ser una demanda incondicional e imposible, destinada a quedar eternamente insatisfecha, pues cuando un movimiento político pretende realizarla plenamente, desemboca inevitablemente en una catástrofe totalitaria. Este argumento político necesita el orden

establecido como enemigo que no debe ser batido para poder mantener la actividad marginal/subversiva. Implica por lo tanto una negativa a asumir la responsabilidad del poder (por eso necesita que este poder exista y permanezca imbatible), e ignora al mismo tiempo que el poder y el orden establecido no dejan de tener una raíz fundante en algún tipo de acto realmente político. Esta cuestión se sitúa en la base de cierto pensamiento radical que interioriza de forma muy similar las posiciones conservadoras de que toda revolución implica una traición inevitable o una regresión al terror.

La propia idea de “cierre” de la pospolítica, influencia de la *Tel-Quel*, identifica implícitamente la (revolución) política con una incesante alteración y transformación. Sin embargo, estos autores olvidan que el cierre es un efecto provisional de cualquier proceso político exitoso y puede ser políticamente catalizador en lugar de limitador. La fuerza transformadora de determinados procesos no podría realizarse sin algún tipo de cierre. Cierta estabilidad es también necesaria para la acción política revolucionaria². Finalmente, lo que la filosofía política está refiriendo como pospolítica no es otra cosa que una situación de victoria y dominio del neoliberalismo. Y la operación fundamental del neoliberalismo no es ocultar cualquier tipo de antagonismo, sólo el antagonismo que produce y que por lo tanto surge de su propia existencia, el antagonismo de clase que implica una disputa por el tipo de orden de las relaciones socioeconómicas. Pero ¿qué es el neoliberalismo sino el nombre actual para la ideología dominante?

Los filósofos que lideran el discurso de la pospolítica son por lo general posalthusserianos que han tendido a abandonar la economía política en favor de la filosofía política. La negación de la filosofía política por Marx y los marxistas habría sido su gran error, resumido en la ya tópica acusación de reduccionismo economicista. Es por eso que la crítica de Žižek se dirige precisamente a identificar el problema en la posibilidad de dar orden a la dimensión económica de la sociedad

2 En las versiones radicales de este tipo de planteamientos, “la atención al carácter plural y precario de toda identidad se desliza hacia un canto irresponsable de las virtudes de la esquizofrenia” (Eagelton, 2005: 255). Pero Žižek, Eagelton o Jameson ya han señalado cómo la ideología consumista del capitalismo avanzado tiene más que ver con lo plural y lo provisional que con la fijación, lo que iría acompañado de un cierre más fundamental, el del funcionamiento de los mecanismos básicos del capitalismo como modo de producción.

como el contenido político reprimido en el capitalismo contemporáneo. En realidad, la filosofía política crítica francesa, huyendo del economicismo marxista, se dedica fundamentalmente a asumir un legado y una posición política liberal. Implica asumir el vasto continente de la filosofía política como lo caracterizaba Jameson, como un mercado ideológico donde, como en un enorme sistema combinatorio, estarían disponibles todas las variantes y combinaciones posibles de valores y opciones y soluciones políticas, con la condición de que pensemos que tenemos la libertad de elegir entre ellas. Como si la ética, los valores o la opinión política pudieran modificarse libremente y de forma independiente a los comportamientos y al funcionamiento del conjunto de relaciones sociales que identificamos con el modo de producción por la decisión consciente o la persuasión racional (Jameson, 2015: 18).

Por el contrario, la teoría de la ideología típicamente marxista excluye este carácter opcional de las teorías políticas. Tratar la democracia liberal como un pacífico mercado de sistemas políticos requiere ignorar la existencia de algo que se denomina capitalismo. Si asumimos la existencia del capitalismo, entendemos que para su funcionamiento requiere una ideología dominante, requiere ocultar sus contradicciones fundantes, posibilitando toda una serie de comportamientos y presupuestos, relaciones sociales e instituciones que son su base y que por ello deben ser incuestionables. De esta forma, llegamos al momento actual y para el neoliberalismo, una vez que se ha sacado de encima la amenaza marxista y colectivista, la política significa simplemente el cuidado y la alimentación del mercado (Jameson, 2015: 19). En este sentido, la pospolítica sólo es el grito horrorizado de los posmarxistas, devenidos a lo largo de los duros ochenta en liberales, cuando se dan cuenta de que realmente la filosofía política que habían abrazado es una carcasa vacía.

¿En qué consiste la ideología dominante? Coincidimos con Larraín (2007) en que, a pesar de la generalización de la crítica ideológica que supone el posestructuralismo, la crítica de la ideología dominante típicamente marxista puede seguir siendo útil para desmascarar los procesos de legitimación y naturalización de un orden social a partir de la ocultación de contradicciones y conflictos. Es más, defenderemos que hoy tiene más sentido que nunca.

En su estudio sobre la evolución del concepto en Marx, Larraín concluye que la ideología es la relación con una práctica material limitada que genera ideas que mal representan u ocultan las contradicciones sociales en el interés de la clase dominante. Pero la ideología no es mera ilusión o resultado de errores cognitivos, sino que es expresión de relaciones sociales concretas; es la forma en que se representan las relaciones sociales alienadas bajo el modo de producción capitalista. La ideología en su sentido crítico y negativo, como señala Larraín, sería una expresión de las relaciones sociales dominantes, que son aquellas del sistema capitalista. De esta forma, la expansión del capitalismo segrega ideología. El capitalismo necesita producir individuos que se comporten con base en una cierta racionalidad económica. Los intereses y las lógicas del capital deben ser representados como los únicos racionales y universalmente válidos y deben ser reproducidos por todos los grupos sociales para que el sistema funcione de forma efectiva. Su operación elemental sería una inversión mediante la cual las contradicciones básicas del sistema capitalista aparecen como su opuesto. Esta esfera de las apariencias por excelencia se constituiría en la relación de mercado y la competencia. El mercado capitalista es la apariencia inmediatamente evidente que oculta las relaciones sociales de producción. En él se opera una inversión fundamental y lo que es falta de libertad e injusticia aparece como libertad de consumir e igualdad entre consumidores. Como decía Marx, la órbita de circulación y cambio de mercancías sería “el verdadero paraíso de los derechos del hombre. Dentro de estos linderos sólo reinan la libertad, la igualdad, la propiedad y Bentham [...] la única fuerza que los une y los pone en relación es la fuerza de su egoísmo, de su provecho personal, de su interés privado” (Marx, 1973: 111). No obstante, bajo la apariencia ideológica de la libertad del mercado se esconde la sustancia de la explotación capitalista y del cuerpo social dividido en clases.

La implantación de la ideología dominante es un proceso dinámico. La expansión del capitalismo produce un reemplazo progresivo de la socialización comunitaria por la socialización mercantil: un individuo constituido como propietario privado, aunque sólo lo sea de su fuerza de trabajo, acudiendo al mercado en igualdad de condiciones legales con otros propietarios. El mercado mundial implicaría la interpenetración a través de unos términos de equivalencia de los

mercados más lejanos y desconocidos, la equiparación e intercambio de valores de usos distintos, la presencia del otro. El mercado mundial universaliza a todos los habitantes del planeta como miembros del género de los propietarios privados (Echeverría, 2013: 154). De ahí la interesante idea del proceso ideológico como un encerramiento (*enclosure*) de los sujetos colectivos, con todas sus potencialidades políticas, en la forma individual del propietario y el consumidor (Dean, 2016).

Lo más característico de la ideología en su sentido crítico y negativo sería su función, que sería en primer lugar, según Larraín, la ocultación de la base del sistema en una serie de relaciones alienadas. El orden del mercado oculta una práctica alienante en la que los individuos carecen de control sobre los objetos y las condiciones objetivas. El resultado del procedimiento ideológico es que deja de ser necesaria la abolición práctica de esta contradicción, implica renunciar a la idea de la propia contradicción, a la existencia de clases sociales, por ejemplo, lo que lleva a la “canonización del mundo”, a la reproducción del *statu quo* al servicio de los intereses de la clase dominante (Larraín, 2007: 72). Así, la ideología cumple una función clave en el sistema de legitimación y naturalización del mismo, haciendo inimaginable la posibilidad de trascender el tipo de relaciones características del sistema capitalista. Es más, la efectividad de la ideología implica que la aparente vida independiente de los objetos en el mercado niega la capacidad del ser humano de dar un determinado orden a su mundo, o de cambiarlo. La mujer y el hombre alienados del capitalismo de libremercado son así fundamentalmente antipolíticos.

La percepción dominante de las relaciones sociales en el capitalismo ha cambiado radicalmente en el mundo actual, aunque es cuestionable que la ideología haya perdido efectividad como mecanismo de ocultación. Más bien ha sucedido lo contrario. Larraín (2010) apunta cómo el posmodernismo y el posestructuralismo cuestionaron el uso de la ideología, principalmente porque los teóricos contemporáneos han tendido a pensar el mundo como profunda e inevitablemente ideológico. Todos los códigos: políticos, literarios, etc., se encontrarían al mismo nivel. Todas las teorías y discursos serían ideológicos y lo único inaceptable, por totalizante y opresivo, sería afirmar el carácter no optativo o la autoridad privilegiada de un

discurso. No obstante, si todos tienen el mismo valor, si todos pierden, ¿quién gana?, se preguntaba Jameson (2015).

Podemos rechazar la posición posmoderna típica de que no existe un espacio privilegiado desde el cual juzgar la ideología. Con Žižek pensamos que este espacio crítico existe y podemos aceptar que no debe ser ocupado permanentemente por ninguna doctrina para resultar efectivo. También podemos argumentar que la ideología dominante en el capitalismo tardío tiene la misma opinión sobre la idea de ideología que el posmodernismo, en el sentido de que tiende a adquirir un carácter fundamentalmente cínico, en el que a pesar de que el carácter ideológico del sentido común de la sociedad de mercado se hace evidente, no por ello deja de perder su efectividad y sigue generando los comportamientos y presupuestos necesariamente indiscutibles del sistema. Si hacemos caso a Žižek (2003: 56-57) la ideología dominante no pretendería ser tomada en serio actualmente, sino que se ciñe a un estatus de medio de manipulación puramente externo e instrumental. La distancia cínica se convierte en sólo uno de los muchos caminos para evitar actuar frente al poder estructurante de la ideología dominante.

Si para algunos la ideología habría perdido eficacia en su función naturalizadora y ocultadora, la realidad parecería postular lo contrario. Nunca ha sido más evidente la fuerza de la ideología dominante como en un mundo sin ideologías, donde cualquier alternativa al sistema de libremercado se vuelve prácticamente impensable. La ideología sería algo cada vez más identificable a nivel discursivo, aunque esto no parece interferir con su eficiencia. Mientras el posestructuralismo se dedicaba a batir ideologías, la ideología dominante se hacía más fuerte e invulnerable a cualquier crítica, en la medida en que se ancla en toda práctica, al tiempo que elude el ámbito del discurso, ocupado por una opinión cínica y escéptica sobre cualquier posibilidad de verdad (Jameson, 2015). En el capitalismo contemporáneo, las fuerzas unificadoras del capitalismo avanzado se han vuelto tan omnipresentes que se tornan invisibles. En fases anteriores, cuando el capital era menos completo e intermitente, podía ser también más identificable. Hoy en día, la ideología del mercado es prácticamente omnipresente, y su éxito y su omnipresencia garantizan su invisibilidad, su naturalización. La sociedad aparece progresivamente

bajo una forma en la que las relaciones necesarias para la producción del espacio social resultan cada vez más lejanas y cada vez más ocultas bajo el velo de la pura relación mercantil.

¿Qué relación tiene la ideología dominante con la antipolítica? Podríamos afirmar que todo. La antipolítica es una acción que intenta reinstaurar los efectos de la ideología dominante en un contexto histórico en el que la conciencia se ha abierto a la posibilidad de distintos proyectos de sociedad. Persigue el vaciamiento del contenido político de las instituciones y la esfera pública de la política, donde se instala una concepción puramente técnica y de la buena gestión del Estado mediante la que se pretende eludir el conflicto de clase consustancial a la sociedad capitalista. Las estrategias antipolíticas marcan con su éxito el regreso triunfal de la ideología que no dice que es ideología. La generalización de la actividad antipolítica sería parte fundamental de la implantación del neoliberalismo, como consenso respecto de cuáles son los aspectos que se pueden tratar políticamente en la sociedad y cuáles quedan excluidos (la economía de libremercado).

Existe la idea (ideológica) de que la ideología tendría que ver más con el socialismo que con otra cosa. Que la ideología es cuestión de utopías. Sin embargo, la utopía es lo contrario de la ideología. La ideología es un sentido común que nos impide ver y plantear la realidad más allá de lo que ya existe. La utopía es un intento por romper esa red simbólica coercitiva que nos ata al fin de la historia. Es la guía imprescindible y no negociable de la acción política (Boron, 2012: 142). Por eso en términos ideológicos, la pospolítica encuentra su enunciación más popular y difundida en la afirmación del fin de la historia de Fukuyama. El fin de la utopía es en sí mismo utópico, y el fin de la ideología es en sí mismo ideológico³. Serían un cierre ideológico, un bloqueo que nos previene de imaginar cualquier cambio social fundamental.

3 Tanto Jameson como Žižek han utilizado esta figura retórica previamente.

Capítulo 2

Antipolítica dura y antipolítica blanda en América Latina

Las estrategias antipolíticas son políticas dirigidas a reprimir lo político, y lo político no es el arte de lo posible, en el sentido de la mejor administración técnica del orden existente –como asumirían los gabinetes de gobierno neoliberales– sino el arte de lo imposible, el arte de la utopía, traer a la realidad el lugar que no existe todavía pero que puede existir. La represión ideológica del pensamiento de cualquier alternativa a lo existente puede ser la forma más difundida hoy día. Sin embargo, a la hora de examinar la política antipolítica no deberíamos descartar la represión violenta de la utopía. De hecho, podríamos afirmar que el nacimiento del neoliberalismo y el nacimiento de la política-antipolítica en su condición histórica contemporánea se producen de forma violenta en el Cono Sur, tanto mediante golpes militares como mediante la extorsión económica de los programas de ajuste estructural, con efectos igualmente devastadores.

Proponemos que lo político requiere de la posibilidad de un proyecto alternativo de sociedad para existir. Desde el siglo XIX el capitalismo se está desarrollando, expandiendo, en conflicto con modos de producción anteriores. El horizonte de posibilidades políticas ha estado abierto, pero a medida que el capitalismo se ha ido extendiendo y asentando, este horizonte ha ido desapareciendo. Hoy, la sociedad capitalista cubre todo el globo, la primera naturaleza y la sociedad rural se alejan inevitablemente bajo el peso de la urbanización capitalista, al tiempo que el mercado se introduce en áreas que le habían sido ajenas hasta ahora. La cuestión es ¿por qué permanece abierto el horizonte de posibilidades políticas? La razón por la que

hay una disputa política a lo largo del siglo XX tiene su origen en el movimiento comunista internacional y, en su sintonía, en las luchas antiimperialistas y anticolonialistas. Esto abre un horizonte de diferentes órdenes sociales posibles y un conflicto político entre los mismos. Este período se iniciaría en América Latina con procesos como la Revolución Guatemalteca, el Bogotazo y la Revolución Boliviana, que desatan unas fuerzas utópicas que alcanzan su momento cúlmine con la Revolución Cubana, que marcaría a partir de entonces el camino de las luchas prosocialistas y antiimperialistas en el hemisferio. Este proceso comienza su regresión entre las décadas del setenta y ochenta, con las dictaduras militares en el Cono Sur, la contrainsurgencia generalizada en todo el continente, la crisis de la deuda y los consiguientes programas de ajuste estructural.

Antipolítica dura: golpes de Estado y coacción económica

La antipolítica nace en América Latina después de un período de fuerte politización y de construcción de un partido de la utopía, identificado con la clase trabajadora articulada con campesinos, estudiantes, etc., y enfrentado a las elites locales y a la intervención extranjera. Las dictaduras militares de Brasil, Uruguay, Argentina y Chile ensayan la solución final contra la amenaza de la politización, y esa solución son los primeros pasos del neoliberalismo. El neoliberalismo sólo se impone en el continente tras un período de matanzas y dictaduras. La antipolítica se impone por la fuerza y se consolida posteriormente con los ropajes de la democracia liberal procedimental (democracia de libremercado). En este sentido, podríamos hablar de dos fases y de una antipolítica dura, de la dictadura militar y el ajuste estructural, que destruyen directamente los potenciales utópicos de la sociedad, y una antipolítica blanda, que opera apoyando la gestión progresivamente técnica de la democracia liberal. ¿Qué diferencias sustanciales y que similitudes existen entre ambas?

La antipolítica que se impone en un principio procede a la eliminación física del enemigo. Se intenta despolitizar el conflicto llevándolo a un extremo por medio de la militarización directa de la política, eliminando al enemigo como un otro sin ninguna base común para el diálogo, puro exceso de la sociedad que debe ser eliminado

(Žižek, 2011: 206). La antipolítica dura, por supuesto, persigue los mismos fines que la antipolítica blanda: eliminar la amenaza a los intereses de la clase dominante en nombre de una solución técnica a los problemas del Estado y la economía.

Las dictaduras militares del Cono Sur, acompañadas por el terrorismo de Estado y la doctrina contrainsurgente, fueron el escenario en el que, como el de la Argentina en los setenta, se buscó eliminar físicamente lo político mediante el orden policial. Los principales objetivos fueron los sindicatos, los partidos políticos, los jóvenes politizados, las universidades, las villas, la iglesia de base. Dentro de estos había una diversidad de grupos organizados y objetivos, pero es incuestionable el importante componente utópico que existía en ellos. El terror se justificó por la propia necesidad de destruir estos contenidos políticos. La frase “algo habrán hecho”, que se hizo común, encierra en sí misma la criminalización de todo lo politizado. Eso es “lo que habían hecho” y que justificaba su represión: meterse en política. Otra frase común de la clase media biempensante, “mejor no te metas”, describe el resultado ideológico de cercamiento del sujeto político en su prisión individual, común en las sociedades traumatizadas por la violencia, los desaparecidos y la impotencia política. El principal logro ideológico de la represión es la producción del individuo aislado, encerrado y separado del sujeto colectivo, de la fuerza política.

Como señaló Rodolfo Walsh (1977):

En la política económica de ese gobierno [Junta Militar instaurada el 24 de marzo de 1976] debe buscarse no sólo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada [...] Mientras todas las funciones creadoras y protectoras del Estado se atrofian hasta disolverse en la pura anemia, una sola crece y se vuelve autónoma [...] Seguridad y Defensa.

Eran los albores del neoliberalismo en el marco de un Estado fagocitado por las fuerzas de seguridad y las elites que financiaron la eliminación física de aquellos sectores siempre dispuestos a cuestionar el “orden instituido”.

Paradójicamente, los estados policiales más autoritarios y centralizados, controlados por el aparato militar, se dedicarían a dismantelar

el Estado como agente con capacidad de intervenir en lo económico y lo social, para someterlo definitivamente a los designios de una clase capitalista global. Este primer intento histórico de erradicar lo político en América Latina, restaurando la situación liberal previa a la emergencia de un partido de la utopía en el siglo XX, sirve tanto a los intereses del capitalismo globalizado como a la principal fuerza geopolítica del continente que es EE.UU., y tanto a este como al capitalismo (especialmente nacional) de la burguesía local. Por otro lado, la virulencia de las dictaduras del Cono Sur cimentó el camino para el establecimiento de una democracia liberal a medida de las elites, no problematizada e incontestable en su modelo y en su relación con la economía de mercado. Una democracia que llegaba en un contexto de desarticulación y achicamiento del Estado en relación con sus capacidades sociales y económicas como hechos consumados e incuestionables (Boron, 2000). El modelo de las dictaduras del Cono Sur, por supuesto, no fue la única forma que presentó la guerra contra el partido de la utopía en la región. Las actividades de contrainsurgencia tuvieron el mismo efecto. Los asesinatos selectivos, los paramilitares y el terrorismo de Estado han convivido con democracias formales sin mayores problemas, mientras que las prolongadas guerras civiles de Centroamérica han tenido un efecto igualmente devastador sobre las capacidades políticas de sus sociedades.

En Guatemala, el gobierno que emergió de la derrota del reformismo protosocialista de Jacobo Arbenz, además de desmenuzar las capacidades de intervención socioeconómica del Estado, se dedicó a crear una poderosa máquina contrainsurgente con el apoyo indispensable de EE.UU., hasta transformarse en un Estado terrorista en los setenta y particularmente en los ochenta. La guerra librada desde las Fuerzas Armadas contrainsurgentes contra sindicatos, partidos políticos, organizaciones de base, organizaciones campesinas, etc., alcanzó su punto más álgido a inicios de la década del ochenta (en el contexto del triunfo del sandinismo en Nicaragua). Las estrategias de tierra arrasada desarrolladas contra el conjunto de las comunidades que podían servir de apoyo a la guerrilla casi han logrado crear, aquí, como en El Salvador y en otros países, sociedades desgarradas e impotentes políticamente. De forma similar a las transiciones a la democracia en el Cono Sur, las firmas de los acuerdos de paz terminaron por alimentar

una democracia técnica y despolitizada. Aunque acuerdos como los de Guatemala en 1996 habrían tenido como puntos neurálgicos aspectos del desarrollo económico, social y político del país (Torres Rivas, 2006), la reconstrucción del Estado se realizó “desde arriba”, con el financiamiento de las instituciones financieras internacionales, y “desde abajo” por múltiples ONG ocupadas en diversos rubros vinculados a salud, educación, alimentación, etc. Lo más relevante aquí sería que los largos años de lucha y la dureza de la represión han dado lugar a una desesperanza total respecto de las capacidades de transformación social y en concreto respecto de la capacidad de construir un Estado social en interés de las clases populares (Romano y Díaz Parra, 2016).

La antipolítica dura no sólo responde a una estrategia armada; implica también la violencia estructural de la agresión económica contra los estados, el disciplinamiento financiero por los mercados como mecanismo fundamental de imposición de la política neoliberal (Harvey, 2007). Las políticas de ajuste estructural son la contrainsurgencia por otros medios y no puede dejar de entenderse como una versión dura de las estrategias antipolíticas. La denominada crisis de la deuda, iniciada con la quiebra del Estado en México en 1982, tuvo un efecto dominó en las economías de la región y en el mediano plazo implicaría el desprestigio de los proyectos de desarrollo nacional dirigidos por el Estado y la consiguiente separación doctrinaria de una gestión económica eficiente de las instituciones puramente políticas. Estas serían condenadas por ineficientes, incapaces y corruptas, mientras que la confianza en la gestión social y económica pasa a los denominados agentes sociales, separados artificialmente de la sociedad política, e identificados con empresas individuales o colectivas bajo patrones de mercado. En síntesis, la crisis de la deuda impone el “no hay alternativa” de Thatcher en el subcontinente, que es la máxima expresión de la antipolítica como contenido fundamental del neoliberalismo (Saxe-Fernández et al., 2001).

En conjunto, la agresión militar y financiera contra la clase trabajadora, las fuerzas de izquierda y los estados rebeldes imponen el pensamiento neoliberal, lo que supone la ejecución del cierre ideológico, frente a la apertura de posibilidades políticas que había supuesto el período anterior. La masacre, el dolor físico y el terror psicológico dejados por los militares y los economistas neoclásicos adquieren

dimensiones insospechadas, de modo tal que el horizonte de cambio político desaparece. Desaparece la esperanza y desaparece el proyecto político, dando lugar a una situación pospolítica por excelencia en la década del noventa, que no es sino otro nombre para la victoria del neoliberalismo. El neoliberalismo supone la consolidación del proyecto capitalista y el asentamiento de la ideología dominante, al mismo tiempo que implica la derrota temporal del partido de la utopía.

Antipolítica blanda: política-espectáculo, ONG y judicialización

Con el triunfo del neoliberalismo en la década del noventa, entramos en un período en el que pasa a operar principalmente una antipolítica blanda. Esta persigue los mismos objetivos cuando no se ve presionada por una politización radical de la sociedad, lo que le permite centrarse en el vaciamiento las instituciones. El vaciamiento político no implica en realidad un adelgazamiento del Estado. De igual forma que en el Estado militar, en el rol del Estado neoliberal contemporáneo priman los aspectos policiales y judiciales. Estas instituciones son indispensables para asegurar los derechos de propiedad de los agentes libres en el mercado y generalmente sufren de gigantismo. Por eso es importante señalar que la antipolítica no se dirige contra el Estado en sí. El Estado en el neoliberalismo puede ser un monstruo tan enorme como en las etapas del desarrollo nacional más intervencionista (Boron, 2008). La esencia del Estado neoliberal es precisamente la despolitización de la economía, producir una esfera independiente y autorregulada de la economía, que implica tanto dejar hacer y cómo hacer que funcione el mercado, protegerlo donde funciona, incentivarlo donde es débil y crearlo donde no existe. El efecto ideológico fundamental de esta operación es la naturalización de la economía de libremercado.

La política antipolítica actual se sirve en el continente de una serie de estrategias que conviene repasar y denunciar. Entre ellas destacan la empresarialización del Estado, la externalización de las funciones sociales a través de las ONG, la transformación de los procesos electorales en un espectáculo mediático y la judicialización de la política (estrategias que pueden operar de modo conjunto o disociado, dependiendo de la profundidad de politización que estén combatiendo).

La estrategia fundamental tiene que ver con la empresarialización del Estado. La implantación directa de las formas de la empresa en las funciones del Estado supone un tipo de colonización de estas instituciones por la protopolítica mercantil burguesa (Echeverría, 1998). La buena gestión implica prácticas concretas: empresarios ocupando los ministerios, privatizaciones, desregulación de la economía, adelgazamiento de la pata social del Estado, etc., pero ante todo supone que sólo hay una manera de hacer las cosas bien. Así, el discurso ideológico de los medios de comunicación y los intelectuales y pseudointelectuales liberales pretenden plantear el período progresista como un desastre para la Argentina, sin aparente contradicción, a pesar de que fue el desastre neoliberal de los años noventa lo que consolidó el cambio de rumbo de la política nacional, a pesar de que la supuesta eficiencia del nuevo gobierno neoliberal no parece funcionar de ninguna de las maneras ni para nadie. La empresarialización de la política es un proceso de largo alcance en este país. El neoliberalismo de los noventa tuvo a su adalid en un Menem que se aproximó progresivamente a un discurso más empresarial y menos político y procuró rodearse de economistas ortodoxos. Esa experiencia delineó en cierta forma el camino al neoliberalismo actual –obturado hasta cierto punto entre fines de los noventa y 2015–. La elección como presidente de un empresario millonario (Mauricio Macri) expresa el desprestigio de las instituciones políticas. Se pretende que el empresario gobierne el país con la misma eficiencia con la que gestiona sus empresas y se espera “que no robe porque ya es rico”, haciendo una inversión perversa del dicho de Balzac: detrás de toda gran fortuna hay un gran crimen. La Propuesta Republicana (PRO) es el paradigma de partido antipolítico. Ofrece una gestión eficiente del Estado, donde la economía de mercado se naturaliza como la única opción posible y el intervencionismo estatal se denuncia como el responsable de todos los problemas del país. El partido se recubre de una estética colorista con una imagen y un discurso que eluden la confrontación y que prometen eliminar la “brecha”. La propia forma de gobernar, en la que medidas que acaban por resultar conflictivas son retiradas a los pocos días, podría tomarse como una forma de flexibilidad aplicada a la gestión política (Díaz Parra et al., 2016).

La oenegización de la intervención social y económica es el correlato del achicamiento del Estado. El vacío dejado por el Estado

interventor es sustituido desde arriba por las instituciones internacionales y organismos de cooperación de los países centrales y, por abajo –y conectadas por vínculos económicos abiertos y evidentes– por las ONG. Implica en conjunto externalizar las responsabilidades sociales y políticas del Estado, un planteamiento neocolonialista en el que se asume, tanto desde los países centrales como desde las propias sociedades latinoamericanas, que estas últimas son incapaces de gobernarse a sí mismas, por lo que requieren de la intervención constante de técnicos de las instituciones supranacionales y de las ONG (habitualmente latinoamericanos, pero que desarrollan las dinámicas y lógicas establecidas por organismos de países centrales, reproduciendo la colonialidad). Como señala García Linera (2013: 27), las ONG pueden ser consideradas como Organizaciones de Otros Gobiernos que operan en los espacios vacíos dejados por los estados periféricos plegados al neoliberalismo.

Dentro de la profesionalización de la política, la profesionalización del activista que se convierte en técnico de la ONG se produce de forma paralela a la profesionalización del buen gestor de la política empresarialista. Los discursos de democratización y empoderamiento, inclusión y desarrollo participativo en los países del sur son parte de la institución de una cultura técnica y despolitizada de la gestión de lo social y lo económico, indispensable para la profundización de las lógicas de mercado. Esto último supone una contradicción evidente, a pesar de lo cual la acción de las ONG y la cooperación al desarrollo se vive como un elemento casi fundamental para la profundización democrática de gran parte de los países del sur (Kamat, 2015).

Guatemala es un buen ejemplo de este tipo de estrategia antipolítica. Tras el conflicto armado y los Acuerdos de Paz, la cobertura de las necesidades de la población a través del “tercer sector” garantizó una sana despolitización en la sociedad “posconflicto”. En Guatemala operan cientos de ONG que proveen todo tipo de servicios y abarcan completamente los rubros: desde educación infantil y atención de salud, hasta desarrollo de emprendimientos artesanales, de agricultura sustentable, etc. La oenegización encuentra su razón de ser en ese Estado ausente y fallido en lo económico-social, pero siempre presente en su dimensión represora. Un Estado que se modernizó para el capital y el sector privado, que se “modernizó” en medidas de seguridad

para la “guerra contra el narcotráfico” (en el marco de la Integración para la Seguridad de Centroamérica y Alianza para la Prosperidad), pero que se muestra como “incapaz” de proveer estándares mínimos de vida digna para su población. Lo que muestra la experiencia desde los Acuerdos de Paz hasta aquí es que las ONG no sólo no resuelven los problemas de fondo en términos económico-sociales, sino que son parte del problema, al apuntalar (de modo directo o indirecto) la noción neoliberal de que el Estado es un ente técnico-burocrático y que su intervención en la economía debe ser reducida al mínimo por su “incapacidad e ineficiencia” aparentemente intrínsecas (Romano, 2015). Las ONG reemplazarían el vacío sin necesidad de plantear reformas estructurales a la economía y con la ventaja de no requerir la politización de los sectores “favorecidos” por la asistencia (Petras, 1999).

En lo relativo a la espectacularización, la transformación de la política en un espectáculo televisivo y mercantil ha sido un tema recurrente desde hace varias décadas (Debord, 2005; Baudrillard, 2009; Featherstone, 1994 y otros). Algo de esto ocurre en todas partes y parece combinarse bastante bien con un manejo técnico de la economía. Mientras, las energías políticas reprimidas y la ansiedad por algún tipo de implicación en los asuntos colectivos retornan en un circo mediático que sustituye los aspectos más convencionales de la política en una sucesión de imágenes que refieren vagamente a la política. La propia imagen política se convierte en una mercancía. De esta forma, el problema de los modelos de sociedad es sustituido por la prensa de “chimentos”, y en las urnas, más que votar un programa político-económico o incluso cuestiones de mayor calado, parece votarse la gestión de los problemas personales del político de turno.

La creación de una política del espectáculo, donde se sustituyen los contenidos políticos por un mercado de imágenes, puede rastrear-se hasta la década del noventa. En Argentina, Menem manifestó cada vez menor interés por mostrarse como político y una mayor tendencia a vincularse con el mundo de la farándula, los deportes y las *celebridades*. Su propia trayectoria exhibe el pasaje de una vida eminentemente política (militante y preso en los setenta) a una postura e imagen que busca enterrar ese pasado para dar paso a una estética más empresarial, liviana y pasatista. Su permanente presencia en eventos deportivos, en la TV, sus vínculos con gente de la farándula (trascendente

fue su relación con la actriz brasileña Xuxa) tuvieron como corolario su casamiento con una modelo chilena. Con estos precedentes, no sorprende el deleite del presidente Mauricio Macri por pasearse con su esposa en las cortes de las monarquías europeas y por no evitar su presencia en portadas de revistas de chimentos junto a otras celebridades. La forma de la antipolítica blanda predominante en Argentina sería entonces una gestión técnico-empresarial, eficiente, del Estado, combinada con una espectacularización de la política.

Un ejemplo reciente de cómo esta espectacularización puede servir a intereses reaccionarios es el referéndum de febrero de 2015 de Bolivia proponiendo la posible reforma de la Constitución a favor de una nueva postulación de Evo Morales. La campaña fue contaminada por una serie de escándalos manufacturados por la prensa local (el llamado “Caso Zapata”), de tinte personal y novelesco, contra el líder del Movimiento al Socialismo (MAS), que además de haber sido luego probados como falsos lograron desviar la atención de la votación. Ganó el No por un margen inferior al 3% de los votos. En algunas encuestas trascendió que la mayoría de los bolivianos considera que los medios de comunicación manipularon la información sobre el “Caso Zapata” (que implicó de modo directo a la imagen del presidente Evo Morales) y cree que esto influyó en los resultados finales. Esto se da en un contexto de permanente injerencia extranjera en partidos políticos, ONG y fundaciones y a través de ellos (o directamente) con los medios masivos, tal como lo muestran los documentos filtrados por Wikileaks sobre Bolivia (Quintana, 2016). Aunque la espectacularización no ha sido potestad exclusiva de la derecha, la ubicación claramente reaccionaria de los conglomerados de medios de comunicación y su capacidad de influencia sobre la población son determinantes en un resultado conservador de estos procesos.

El cuarto ámbito desde el que se lucha por exorcizar el peligro de la politización es el de la judicialización de la política. La reducción de los problemas políticos a una cuestión de aplicación de la norma es conservadora por naturaleza, ya que la frecuente exclamación del “todos son corruptos” en el fondo se limita a reclamar el restablecimiento de un supuesto orden preexistente. El problema no es que haya que cambiar las cosas, sino que la ley no se cumple. Así, la política penal sustituye los mecanismos democráticos. Esto se concreta

de varias formas. Por un lado, las protestas y el descontento con el sistema se canalizan como una denuncia de la corrupción, sin la cual suponemos que todo iría bien. Por otro, en la esfera del Estado, los casos de corrupción y los juicios funcionan como una pantalla que oculta los contenidos realmente políticos: se procura dirimir los conflictos políticos por la vía judicial (Vollenweider y Romano, 2017). Esta se asocia de modo directo e indirecto a las reformas jurídicas que se implantan a partir del ajuste estructural, para enfrentar la corrupción (aparentemente) inherente al Estado y a lo “público”, reformas asesoradas por organismos como el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y la Agencia Internacional para el Desarrollo del gobierno de los Estados Unidos (USAID) (Pásara, 2012).

La debacle del Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil –en el marco de la megacausa judicial del Lava Jato, que sirvió de cobertura al golpe contra la presidenta Rousseff y al encarcelamiento de Lula da Silva– tanto como el último cambio de gobierno en Guatemala –finalizado con la renuncia y prisión para el presidente y la vicepresidenta en el marco del caso de corrupción “La Línea”– estuvieron cimentados en un período de fuertes protestas antipolíticas, desprovistas del simbolismo y la estética habitual de las demandas en el continente, adquiriendo una forma que pretende ser “más pura”, menos política. La manifestación y la protesta callejera se despolitizan sustituyendo las reivindicaciones políticas por denuncias contra la corrupción. El horizonte político se sitúa entonces en el cumplimiento de la legalidad, que es transgredida por la política, estigmatizada a su vez, que debe ser reprimida y controlada por los jueces (como autoridades de la ley, neutrales y apolíticas). En Guatemala, este movimiento precedió a la llegada al poder de un *outsider* de la política, el comediante Jimmy Morales, con una agenda neoliberal y un claro vínculo con la política anticomunista. En Brasil, la ira contra la clase política en conjunto, dirigida por el Poder Judicial y los grandes conglomerados de medios de comunicación, anunció la debacle de la mayor economía de la región, al mismo tiempo que ha tenido como resultado inmediato la demolición controlada del Estado tímidamente social e interventor en el plano económico que fue forjando el PT.

Finalmente, se encuentra el retorno a la antipolítica dura. El enemigo político se convierte en otredad que debe ser eliminada para

reestablecer un supuesto orden natural de la sociedad. El objetivo de esta antipolítica es el exterminio del enemigo político y nunca ha dejado de ser practicado mediante sicarios y paramilitares en Colombia y México, con efectos inhibidores de la actividad política en el conjunto de la sociedad (Fazio, 2016). Esta cara de la antipolítica viene perfilándose (o replicándose) también en un Brasil cada vez más militarizado y en un gobierno argentino que parece depender cada vez más de sus fuerzas de seguridad, ante la disconformidad de sectores de la población que se ven perjudicados por las políticas de ajuste. La guerra permanente contra Venezuela es otra expresión de esta misma estrategia. La acción de una parte de la oposición política implica un odio político y de clase bajo el cual no cabe ningún tipo de acuerdo y plantea como única solución la eliminación física del otro.

Esta determinación pasa por actos de violencia extrema, la promoción de una guerra civil y la búsqueda de intervención extranjera contra el propio gobierno. Esto lleva a la sociedad a una posición en la que el campo para la política desaparece por completo y los objetivos políticos son reemplazados por la simple supervivencia. Por supuesto, el resultado previsible de un derrumbe del gobierno parece conducir a una restauración del marco político y de dominio de clase anterior a la llegada de Chávez al poder. Lo dicho queda en evidencia al hacer un repaso por las diversas y sistemáticas acciones de desestabilización implementadas por la oposición local al gobierno de Chávez y su continuidad con Maduro, asociada a intereses de las derechas transnacionales, que se situaron a la vanguardia de las estrategias de deslegitimación y quebrantamiento del orden instituido por el chavismo en Venezuela –estrategias que incluyen operativos de paramilitares colombianos y potencial intervención de fuerzas militares del Comando Sur de Estados Unidos–.

El consenso de la derecha internacional –tanto las derechas del subcontinente como la derecha estadounidense o española– muestra la relevancia que ha adquirido para el orden capitalista internacional aniquilar la experiencia de los gobiernos progresistas. Cualquier supuesta equidistancia de los pensadores de izquierda de la región frente a esta situación es un error terrible. La hoja de ruta para la (re)instauración del neoliberalismo en Venezuela, implica que a la aniquilación física del chavismo le debe suceder la reconstrucción

del Estado en favor de la democracia liberal de mercado. Esto puede leerse en los proyectos de ley presentados en el Congreso estadounidense a lo largo de 2017, que señalan la necesidad de replantear las instituciones del Estado venezolano, acompañada de la intervención de instituciones financieras y organismos internacionales, ONG y agencias de cooperación para “volver” a insertar a Venezuela del modo “correcto” en el sistema internacional⁴.

No hay duda de que estos procesos llevan implícito un sello antipolítico. La cuestión es cómo se ha combatido esta antipolítica desde el progresismo o hasta qué punto se ha sido partícipe de ella. ¿Hasta qué punto los gobiernos progresistas rompieron con la situación pospolítica de los años noventa? ¿Hasta qué punto se ha producido en estos casos una repolitización de la economía? ¿En qué medida la izquierda en general y los gobiernos progresistas en particular han interiorizado también estas fórmulas antipolíticas de la ideología dominante?

4 Congreso de Estados Unidos 2017 “Ley Cardin”. Disponible en <<https://www.congress.gov/bill/115th-congress/senate-bill/1018/text>> 3 de mayo.

Capítulo 3

El atolladero del libertarismo posmoderno

La regresión del progresismo en la región en los últimos años reclama posicionarse. La izquierda se encuentra de alguna manera en un momento crítico ante el que debe reaccionar. La impugnación total a los gobiernos progresistas puede ser una de las salidas. Esta ha sido mantenida por parte de la izquierda desde el comienzo de los procesos. Por un lado, desde posiciones antiestadistas, que podríamos definir como de un libertarismo posmoderno y un autonomismo que se lleva fraguando en la región desde los años noventa y que tiene como figuras significativas a autores como Holloway o Zibechi. Por otro lado, y de forma muy próxima a los planteamientos del anterior grupo, desde posiciones antidesarrollistas y de cuestionamiento de las políticas de desarrollo típicas del Estado-nación, con autores como Svampa o Escobar. Estas perspectivas harían más hincapié en los elementos de continuidad con los gobiernos anteriores (que sin duda existen) que en los elementos de ruptura y se han mantenido críticas o han ido endureciendo la crítica a lo largo de la última década.

Los discursos antidesarrollistas y libertarios se sitúan en la perspectiva de las organizaciones y los proyectos contestatarios de base, los movimientos sociales, las grandes movilizaciones espontáneas de la gente en la calle que son capaces de derrumbar gobiernos, etc. No obstante, aunque es totalmente cierto que ha habido un progresivo alejamiento de los gobiernos progresistas de sus bases, elemento que consideramos clave en su declive, estas perspectivas arrojan varios errores y cuentan con múltiples problemas que debemos discutir. El primero de ellos es que, en los términos planteados en este texto, una

de las aportaciones fundamentales de los gobiernos progresistas es la posibilidad de conectar las políticas de base y de los movimientos con proyectos de Estado con transformaciones a otras escalas, continuando y prolongando el momento de ruptura del orden que abre la posibilidad de conformación de un sujeto político.

La calle y las instituciones

Este no es el lugar para hacer una evaluación de los logros y fracasos de los gobiernos progresistas. Podríamos incluso aceptar algunos de los argumentos de autores muy críticos con estos proyectos como Stefanoni (2012). Dependientes o no de un contexto de precios altos de las materias primas, el desarrollo de programas sociales y la inclusión en el Estado de sectores relegados por sociedades clasistas y racistas parece ya un logro notorio del núcleo duro de este grupo de gobiernos: Venezuela, Bolivia y Ecuador (Boron, 2012). Si las movilizaciones que dan cabida a la aparición de estos gobiernos son la irrupción en el panorama político y en el espacio público de la voz de aquellos que no tienen parte, que son excluidos de los espacios políticos, estos gobiernos desarrollan con más o menos acierto una fidelidad a este momento.

Aquí aparece la cuestión de hasta qué punto estos gobiernos han desarrollado el mandato de una politización que surge del momento de ruptura. Hay tres elementos que habría que destacar en este sentido. En primer lugar, los gobiernos progresistas realizan una reconexión (si bien desigual) entre la política profesional y la política de base y comunitaria, al menos en un primer momento. En segundo lugar, implican una recuperación de la legitimidad de las instituciones políticas como agentes de cambio social, tras un período largo de desafección y de deriva tecnocrática. En tercer y último lugar, condujeron a un mayor o menor cuestionamiento de la economía ortodoxa a partir de una política intervencionista en la economía en favor de las clases populares, lo cual, en un contexto de fuerte hegemonía de las ideas neoliberales en el escenario internacional conlleva un desafío y una politización efectiva de la esfera de la economía. Utilizaremos dos viñetas geopolíticas para profundizar en estas cuestiones, con ejemplos de los dos grupos que han tendido a diferenciarse dentro de

los gobiernos progresistas: el núcleo duro, que implica cambios más radicales, y aquellos países donde los cambios operan a un nivel más simbólico (Boron, 2017).

Bolivia puede ser un buen ejemplo del primer grupo. Un país donde los postulados neoliberales en las últimas décadas del siglo XX parecían no tener límite ni contrapeso alguno, o al menos eso era lo que pensaba una clase política enquistada en el poder siempre resguardada por las agencias del gobierno estadounidense. La neoliberalización con Paz Estenssoro y Paz Zamora llegó de la mano de un discurso de la “eficiencia”, la “productividad” y la “lucha contra la corrupción”. Las privatizaciones se plantearon como única manera de evitar la proliferación de la corrupción (Morales, 1992: 134-137). Tras la erosión de las fuerzas políticas de izquierda y el shock económico de los ochenta, la Guerra del Gas en 2003 supone un hito mayor de las capacidades políticas de los sectores populares. Las continuas movilizaciones entre 2000 y 2005 pusieron sobre el tablero político a sectores históricamente excluidos de la política boliviana: campesinos e indígenas, frente al monopolio de la toma de decisión política y económica de la minoría blanca (Moldiz Mercado, 2008), llegando a derrocar al gobierno de Sánchez de Lozada y, posteriormente, forzar la renuncia de su sucesor, Carlos Mesa. Aquí, la masa en la calle demuestra que es capaz de derrumbar gobiernos e instituciones aparentemente todopoderosas. No obstante, ¿qué ocurre cuando caen uno, dos o tres gobiernos? ¿Realmente puede quedar vacío el lugar de este tipo de poder político? ¿Pueden los movimientos operar una transformación a gran escala ignorando el conjunto de las instituciones políticas?

No sabemos lo que habría ocurrido en caso contrario, pero sabemos que la llegada del MAS al gobierno y el primer presidente indígena de Bolivia supusieron un cambio histórico en la clase gobernante (hasta entonces compuesta por la oligarquía blanca), que comenzó a incorporar en la burocracia estatal sectores que habían estado históricamente excluidos de la toma de decisión, como representantes del sector minero y el campesinado (Orellana Aillón, 2006). ¿Acaso no es esto un acontecimiento político indiscutible? El momento en el que los que han sido excluidos del poder por generaciones hacen valer la fuerza del número y toman las instituciones a través de sus representantes. Es indudable que el MAS favoreció la inclusión

de los pueblos originarios, los campesinos y las clases populares en su conjunto en la vida política, económica y social, anticipada por la Constitución emanada de la Asamblea Constituyente (2005) y propiciada por una serie de planes y programas para mejorar la calidad de vida de estas mayorías históricamente postergadas. El cambio de gobierno da acceso a las instituciones políticas y al Estado a las clases populares, a la mayoría indígena y en especial a los sectores organizados y movilizados de los mismos, relegados fuera de la esfera de la política formal y del poder del Estado desde su constitución. Es más, en el contexto en que esto se realiza, de un Estado tradicionalmente controlado por una elite racista, el proceso político que salta de las calles al gobierno y su proyecto de transformación hacia un Estado plurinacional tiene un componente utópico, que busca abiertamente la construcción de una otra sociedad (García Linera, 2015). Con mayor o menor efectividad, la reforma constitucional persiguió un gobierno más participativo y comunitario, el desarrollo de derechos políticos y económicos, incluyendo derechos colectivos, derechos de los pueblos indígenas en tanto tales y derechos al acceso colectivo a recursos. La realización práctica de estos logros finalmente dependería del éxito de reformas más estructurales en la economía y de la capacidad del pueblo de apropiarse de ellas (Boron, 2009).

En el marco predominantemente neoliberal y antipolítico en que estos acontecimientos ocurren, el componente político de este proceso implica el cuestionamiento de los planteamientos económicos ortodoxos y la búsqueda de estrategias interventoras que permitan una redistribución de recursos e ingresos. Esto se hizo a través del control del sector de los hidrocarburos y la minería, la nacionalización de los recursos energéticos, a través de leyes que permitieran modificar la relación con las compañías transnacionales en el área. Los recursos extraídos de estas políticas han permitido el desarrollo de subsidios, equipamientos colectivos y programas de alfabetización y de asistencia sanitaria, que contarían para su implementación con el apoyo del gobierno cubano (Chávez, 2008). Además de los resultados en bienestar social, la economía boliviana ha mostrado crecimiento y “eficiencia” (contradiciendo a la ortodoxia que advierte sobre la inherente ineficacia de todas las políticas no centradas en las necesidades del mercado), mientras se ampliaban los niveles de consumo y el rol de la demanda interior en la

economía y el país se iba desendeudando (Serrano Mancilla, 2016). Al mismo tiempo, los fuertes vínculos con Venezuela y Cuba, el compromiso con la integración regional junto a otros gobiernos progresistas, la expulsión del embajador de EE.UU. y de la USAID o la creación de una Escuela Militar Antiimperialista muestran el traslado del antagonismo político al plano de las relaciones internacionales.

De forma similar, la intervención de la economía desde el Estado en la Revolución Bolivariana en Venezuela contribuyó a crear o fortalecer una gran diversidad de procesos organizativos –con todas las contradicciones que generó en cuanto a dependencia de iniciativas y financiamiento del Estado– dentro de un proceso movilizador y democrático de definición de las necesidades por parte de las mismas comunidades, abonando una expansión de la participación política. Respecto de las Misiones Sociales, la canciller Delcy Rodríguez aseguraba que operaron no sólo como medios para comenzar a generar condiciones de vida digna en miles de venezolanos, sino que fueron eficaces para lograr la unidad política indispensable para garantizar los avances sociales (Arkonada y Klachko, 2016: 123-124).

Argentina supone un ejemplo notablemente diferente, en la medida en que el gobierno kirchnerista no implicó en ningún momento una declaración prosocialista (aunque sí antineoliberal), ni un momento de refundación constitucional de la sociedad política. Al mismo tiempo, los procesos históricos encuentran elementos relevantes en común con el caso, por ejemplo, de Bolivia. Cuando la torre de naipes de la convertibilidad de los noventa comenzó a desmoronarse, en el marco de diversas crisis financieras en la región, tras un largo período de hegemonía neoliberal y de aparente despolitización de la sociedad, lo político volvió a hacerse presente. En 2001 la gente tomó las calles, haciendo caer hasta cinco presidentes. La innovación del inventario de acción social de los movimientos en este contexto ha sido un objeto habitual de estudio: las ollas populares, las asambleas, los piqueteros (que habían venido desarrollándose durante los noventa pero que adquirieron relevancia en ese momento), los mercados de trueque y las fábricas recuperadas. Entonces, ¿cómo unos movimientos tan radicales y libertarios no dieron lugar a una mayor reordenación de la sociedad? ¿Cómo unos movimientos tan ricos ante un fracaso tan evidente del neoliberalismo sólo pudieron dar lugar

a un gobierno orientado hacia un reformismo limitado como el del kirchnerismo? Este es el problema de algunos autores que se refugian en el espontaneísmo, como si la masa de gente fuera suficiente para provocar una transformación radical de la sociedad.

La masa en la calle es un componente necesario de la subjetividad política, pero no es un sujeto político todavía. Como señala Jodi Dean (2016), el contenido revolucionario de la masa es la recuperación del carácter colectivo de la sociedad frente a la producción de individuos aislados conectados por el mercado que genera la expansión del capitalismo. En este proceso, la masa abandona el lugar que le ha sido asignado por la ideología dominante y rompe con el orden social, creando la posibilidad de otro mundo. La reivindicación concreta es menos importante que el hecho de que la presencia de la fuerza de la masa en la calle abre la oportunidad para la política, para transformar el orden socioespacial imperante en un momento dado. Entonces, este momento excepcional de la política, que abre la posibilidad de la reordenación de la sociedad, no es el momento político en sí, sino una ventana a la posibilidad de la política, que no puede durar mucho tiempo y que puede ser utilizado de formas diferentes por distintas organizaciones en diferentes contextos.

Después de un largo período de inestabilidad política, Néstor Kirchner ganó las elecciones de 2003. Para Boron (2004: 187-205), esto implicó el restablecimiento de los lazos rotos entre el gobierno y la gente. El Estado volvió a mostrarse como la entidad capaz de garantizar el acceso a derechos como educación, salud, alimentación, y el famoso lema “¡que se vaya todos!” resultó ser una expresión de pura impotencia política. Cuando la gente abandonó la calle, como era inevitable que sucediese, era evidente que alguien iba a ocupar el lugar del poder. El éxito de los Kirchner en particular se debe a una variedad de razones. Desde una perspectiva laclauiana, el gobierno de Néstor Kirchner tuvo éxito en desplazar el significante vacío “pueblo”, previamente instalado en una oposición al Estado y los políticos profesionales, hacia el antagonismo tradicional de la política peronista: lo nacional-popular contra la oligarquía y los intereses extranjeros, bajo la guisa del neoliberalismo. En esta línea, el gobierno de los Kirchner consiguió expandir la idea de recuperar la política y el Estado para la gente (Muñoz y Retamozo, 2008). Aunque este gobierno no

supuso cambios radicales en el plano económico, sí se produjo un giro notable desde las posiciones neoliberales de los gobiernos previos (Wylde, 2012). El gobierno redujo la dependencia del endeudamiento exterior, promoviendo la economía productiva contra las finanzas, apoyándose en mayor medida en el mercado interno y desarrollando algunas políticas redistributivas menores, entre las que destacan la recuperación de las pensiones públicas y la asignación universal por hijo. Aprovechando la coyuntura propicia a la exportación de materias primas, el crecimiento de la economía respondió a políticas de apoyo a la demanda agregada y las manufacturas nacionales.

La repolitización en Argentina se produce más en el plano simbólico (juicio a los responsables de la dictadura, desafío a los poderes globales como el FMI y EE.UU.) que en el económico. El kirchnerismo nunca planteó una ruptura con el capitalismo, eso es evidente. Sin embargo, sí intentó un tipo de economía diferente, desde planteamientos fundamentalmente nacionalistas y keynesianos. Lo significativo es que unas reformas políticas tímidas hacia el interior pueden ser un desafío intolerable frente al capitalismo global, mientras que la ruptura radical de los microproyectos y microemprendimientos libertarios pueden ser cómodamente ignorados o incluso fomentados por el sistema.

Espontaneísmo y microutopías

La gran movilización en la calle, el estallido, las masas cercando las instituciones del capitalismo, son el momento político extraordinario que rompe el cierre ideológico, que saca a la gente de donde se le presupone que ha de estar y que con ello abre la posibilidad a las transformaciones sociales. No obstante, existe un radicalismo de izquierda que reduce todo contenido político verdadero a este momento de negación de lo establecido. Si el neoliberalismo busca la erradicación de este tipo de política excepcional en favor de la política de la gestión cotidiana, este radicalismo actuaría a la inversa, ignorando que todo momento político de ruptura engendra algún tipo de nuevo orden positivo.

Hay en este sentido una versión particular de antipolítica dentro de este tipo de exaltación del espontaneísmo, de los levantamientos de masas inevitablemente efímeros y de los pequeños proyectos de

transformación social, las pequeñas utopías, en la medida en que las transformaciones a otra escala geográfica y temporal parecen alejarse. Si dentro de la democracia liberal parece inevitable el desarrollo de un fetiche del Estado, que tome este conjunto de instituciones como único ámbito legítimo para la política, desde el libertarismo posmoderno se realiza el reduccionismo contrario, ubicando la comunidad local y las solidaridades inmediatas como único ámbito legítimo de la política, asumiendo a su vez la concepción liberal de las instituciones del Estado como radicalmente separadas de la sociedad civil. Podríamos hablar entonces de un fetiche de lo comunitario (Díaz Parra et al., 2017). Este planteamiento puede ser igualmente antipolítico en la medida en que supone tácitamente una renuncia a una transformación profunda y a una escala relevante de la sociedad. La focalización en los momentos instituyentes y de ruptura acaba por hacer virtud de sus carencias, refugiándose en victorias pírricas y pequeñas derrotas asumibles. Además, podríamos valorar hasta qué punto la fobia hacia la política que destila este tipo de radicalismo, y que coincide en cierto punto con los discursos antipolíticos del conservadurismo de clase media, procede de una colonización de este pensamiento por la ideología dominante.

Es necesario por lo tanto rebatir las ideas de algunos autores que se sitúan en esta línea. Raúl Zibechi y John Holloway pueden ser dos de los más representativos de este tipo de planteamientos en América Latina. Este pensamiento tiene su apogeo en el contexto de las manifestaciones del denominado movimiento alter-globalizador, que sintetiza a nivel de práctica y discurso político gran parte de sus ideas. Es en este contexto en el que Holloway (2003) lanza su conocido manifiesto sobre “Cambiar el mundo sin tomar el poder” imaginando una política revolucionaria dirigida a abolir el poder en su conjunto y actualizando en gran parte las críticas contra el vanguardismo y la forma partido en la cultura política izquierdista. Variaciones del argumento de Holloway contra el partido por su estadocentrismo y externalidad a la clase obrera parecen hoy una especie de sentido común dentro de la izquierda radical. Otra característica de los pensadores que surgen en este contexto es, por lo general, el abandono del obrerismo y la búsqueda de nuevos sujetos políticos más difusos, dentro de una lógica de la contingencia, y fragmentarios como la idea

de multitud de Negri y Hardt (estas ideas ya han sido criticadas por Bensaïd, 2004; Boron, 2002; y Dean, 2016).

El discurso autonomista recoge en gran medida un planteamiento posobrerista y antiestatista, dos elementos que aparecen constantemente en las interpretaciones posmodernas desde los (viejos) nuevos movimientos sociales de Touraine y Melucci, convertidos hoy en un cliché recurrente. La centralidad del movimiento obrero habría sido superada y encontraríamos en su lugar una multitud de luchas con un marcado carácter cultural. Dentro de la interpretación de Zibechi, la principal característica de los nuevos movimientos latinoamericanos que surgirían desde los años noventa sería la superación de la centralidad del movimiento sindical y del Estado-nación. Las hipótesis y análisis de los años sesenta y setenta se habrían convertido en “prisiones de larga duración” (probablemente pensando en el marxismo y el marxismo-leninismo) que “acotan la capacidad creativa y nos condenan a reproducir lo ya sabido y fracasado”. La propuesta principal frente a estas estrategias fracasadas sería la confianza en el poder revolucionario de la movilización espontánea y los pequeños proyectos utópicos que abren grietas en el capitalismo (Zibechi, 2007: 15-16).

Zibechi se muestra confiado en las capacidades de los movimientos no articulados y no unificados, tales como derribar gobiernos, liberar amplias zonas y regiones de presencia estatal, crear formas de vida diferentes a las hegemónicas y dar batallas cotidianas. Este autor afirma que el cambio social no requiere articular ni centralizar los movimientos; de hecho, la centralización y la articulación de los movimientos sería un acto reaccionario. Lo social es diverso y heterogéneo, y así deben ser las luchas. Actuar contra la fragmentación y la dispersión de las mismas sería el fetiche propio de los estatistas. La articulación de los movimientos se habría demostrado un fracaso en los últimos cien años del movimiento obrero y socialista. La unificación y centralización de los movimientos del pasado habría sido lo que permitió al Estado y al capital neutralizarlos o domesticarlos.

Esto se aproxima mucho a los argumentos de Negri y Hardt y su visión de la lucha emancipatoria como una suma de múltiples luchas locales alrededor del globo. La ausencia de códigos, estrategias o programas comunes no sería una muestra de la impotencia de la izquierda para presentar una alternativa viable al capitalismo, sino

que sería una ventaja, ya que así no estarían obstaculizadas por la disciplina y las limitaciones de las grandes organizaciones. La liberación de los dogmas obreristas y marxistas habría abierto una vía para la politización desde la esfera de lo social (opuesto de nuevo a lo político como una esfera independiente). La diversidad y la creatividad reemplazarían el antagonismo de la lucha de clases. Organizar la revolución sería para Zibechi una contradicción en sí misma, ya que implicaría poner orden, disciplinar e instituir, todo lo cual se dirige a contramano de la rebeldía. Este sería el gran problema de los movimientos antisistémicos. Cuanto más organizado está un movimiento, menos capacidad de movilización tiene; y cuanto menos organizado, mejor y más abarcador. Finalmente “el caos es también una forma de organización”. El fracaso de las revoluciones sería consecuencia de las organizaciones políticas y de las derivas estatales de la revolución, como muestra la experiencia soviética o china (Zibechi, 2007: 53-54).

El enamoramiento con el momento bonito de la masa en la calle tiene su contrapartida en la pequeña utopía. La movilización en la calle, la revuelta, tiene sus días contados. La energía de la calle acaba por disiparse y la gente vuelve a sus casas. Como Zibechi y otros rechazan frontalmente la organización o la estrategia, la fuerza y la reivindicación de la movilización espontánea no puede ser organizada ni dirigida hacia ninguna parte, simplemente se disipa sin resultados evidentes. ¿Cómo se mantiene viva la energía del momento bonito de la masa en la calle? La respuesta es mediante la organización de las solidaridades en lo local. La idea de autonomía refiere aquí a un modelo organizativo y de principios centrado en los de la acción política de base y las estructuras horizontales (asambleas, consejos, soviets), rechazando o al menos independizándose de instituciones mediadoras como los partidos políticos y los sindicatos jerarquizados. Estas fórmulas no pretenderían tomar el poder, que es una estrategia fracasada, sino ser fermentos de vida, y se caracterizarían por construir espacios por fuera de la lógica del mercado y del Estado.

La apuesta de Zibechi (2007) y de Holloway (2011) se dirigiría a abrir brechas en el capitalismo produciendo nuevas territorialidades, lo cual sería el rasgo más importante de los movimientos latinoamericanos y que ofrece la posibilidad de revertir la derrota del movimiento obrero infringida por el neoliberalismo. Estos serían espacios de

construcción colectiva y organización de la solidaridad que se darían principalmente en las zonas rurales, pero que también pueden surgir en las grandes ciudades. Aquí se trataría de una organización de la vida cotidiana, con énfasis en la producción y distribución de alimentos ecológicos, gestión de la propia salud, de la educación, de los propios espacios, etc. Esto sería, según Zibechi, un desarrollo “natural” y no una estrategia planificada que requiriese de dirigentes. Estos espacios rebeldes combinarían la propia supervivencia de la población con la acción sociopolítica en relaciones sociales no capitalistas. Los “espacio-brecha” serían espacios físicos y simbólicos de resistencia basados en la autoeducación, el autoabastecimiento y la reducción de la dependencia del mercado y la construcción de alternativas a la medicalización de la salud.

Los límites del espontaneísmo

Hay aquí dos elementos que conviene diferenciar. Por un lado, hay una crítica legítima al reduccionismo de la idea de la política asociada al fetiche del Estado. Esta es una crítica marxista clásica a la concepción liberal de la política. La política no está sólo en las instituciones del Estado, se encuentra en todas partes, en las comunidades, en la familia, en la vida cotidiana, en las instituciones económicas y religiosas, etc. (Echeverría, 1998). La reducción de la política a las instituciones del Estado sería una estrategia antipolítica, que busca que no se problematice políticamente el conjunto de la sociedad. Frente a la reducción de la política a la esfera del Estado, esta perspectiva pone énfasis en las políticas de la comunidad y de la familia ampliada, como el verdadero ámbito de la política y el espacio donde se pueden operar auténticas transformaciones. Hay también una reivindicación valiosa de la ruptura del orden como acto político, la irrupción en el espacio público que muestra el enorme poder de la masa movilizada.

Por otro lado, hay una mala asimilación de la derrota histórica del movimiento obrero y, en general, de los movimientos revolucionarios anticapitalistas en el siglo XX. Se realiza una impugnación a la totalidad del modelo de las revoluciones socialistas y comienza una búsqueda desesperada de nuevos sujetos y nuevas fórmulas, en la que se asumen los signos de la derrota (fragmentación, incomunicabilidad)

como fortalezas y en la que se acaban repitiendo los clichés anticomunistas contra la posibilidad de una sociedad poscapitalista, descartando la organización revolucionaria y la toma del Estado como fórmulas que conducen casi inevitablemente a la barbarie. Es decir, por un lado, estos autores abren el abanico de lo que consideramos político y, por otro, lo cierran.

Algunos argumentos del libertarismo tipo Zibechi son difícilmente justificables, como la acusación de que la derrota del movimiento obrero se debe a que este se encontraba demasiado organizado, sin aportar ninguna prueba ni ningún argumento creíble sobre cómo la falta de organización facilita la revolución o la construcción de una sociedad poscapitalista. Admitimos que la falta de organización, de estrategias, de lemas, de orientación, puede ser más “abarcativa”. La ambigüedad total y la falta de compromiso pueden incentivar a que cualquiera se una a una manifestación. No obstante, si alguien cree a estas alturas que la movilización es progresista o revolucionaria por sí misma, es que no ha prestado suficiente atención a lo que ha pasado en el mundo en los últimos años, donde tenemos muchos ejemplos de movilizaciones reaccionarias y antipolíticas. Pareciera que, en esta perspectiva, la revolución que aspira a la más radical de las transformaciones debe hacerse espontáneamente y sin recurrir a los mínimos instrumentos de la organización colectiva. Pero asumir que la inconformidad va a derivar en revueltas masivas que apunten hacia un nuevo orden social es simplemente un error bastante evidente en la actualidad. Con base en un discurso moralista, hay un deseo de transformación radical pero que evita a toda costa las contradicciones, las decisiones difíciles y los recursos instrumentales que son necesarios para llevar esa transformación a cabo. Esto implica una renuncia de facto a la revolución, al cambio radical, en favor de una posición de resistencia ética permanente. Rechazamos la organización, rechazamos la estrategia y rechazamos marcar una dirección porque nos parece necesariamente manipulador, autoritario y antidemocrático, pero finalmente lo único realmente democrático es un individualismo atroz que renuncia a formar parte de un ente colectivo con capacidad de transformar la sociedad.

De forma similar, las microutopías, los espacios-brecha, o como se los quiera denominar, implican una expresión y un retorno de las

energías utópicas reprimidas por la ideología dominante y por el carácter insatisfactorio a cierto plazo de la movilización por sí misma. Las microutopías suponen una forma de plantear nuevos mundos, de desarrollar una micropolítica que es un campo de experimentación valioso. El problema de la fijación de Zibechi o Holloway con los pequeños proyectos utópicos no es la fórmula en sí misma sino lo que dejan atrás, la construcción política a otras escalas, la organización y la estrategia orientadas a la abolición del capitalismo no como un pequeño experimento comunal sino como una superación histórica de este modo de producción.

La actuación exclusiva a una escala local, renunciando a la intervención en otras escalas, en lo ya instituido en la sociedad, como si pudiéramos construir otra sociedad radicalmente diferente de forma paralela, es lo que hemos denominado fetiche de lo comunitario. Sin embargo, ignorar otras escalas ocasiona serios problemas. En un mundo tremendamente injusto y desigual, ¿cómo organizamos la redistribución de recursos? Este es un elemento que el anarquismo posmoderno deja por completo de lado. El Estado es un instrumento esencial para la redistribución geográfica y entre los distintos grupos sociales. La autogestión por la que abogan las distintas formas de comunitarismo puede implicar simplemente que los ricos gestionen su riqueza y los pobres su miseria. La gestión de la propia salud y la propia educación redundan en la lógica liberal y capitalista, los barrios/regiones/ciudades ricas tendrán la mejor salud y la mejor educación, y los barrios pobres un sistema de salud y de educación deficientes, sin recursos, con trabajadores sobreempleados. No hay ninguna forma de revertir esta situación de extrema desigualdad si no es a través de un sistema de consumos colectivos planificados y centralizados. La descentralización de los servicios colectivos y la justicia socioespacial requieren inevitablemente de algún tipo de centralización temporal del poder. En este sentido, no queda claro hasta qué punto estos espacios-brecha no suponen sino una autogestión de la miseria de las clases populares, que abandonarían en el momento en que tuvieran oportunidad.

La producción autónoma del espacio, de la vivienda y del hábitat ha sido idealizada desde diversos puntos de vista. El neoliberalismo tipo Hernando de Soto (2001) y el libertarismo de Turner (Turner

y Fitcher, 1976) han servido para atacar la intervención del Estado elogiando la capacidad de producción de vivienda de los individuos no sujetos a regulaciones, a partir de la experiencia de la expansión informal de Lima. Zibechi o Holloway no hacen exactamente lo mismo, más bien ponen énfasis en las capacidades de producción del espacio y la sociedad no alienadas desde una perspectiva autónoma. Sin embargo, su aprecio por la producción autónoma y su rechazo a la intervención estatal resuenan con un cierto ethos neoliberal. Al tiempo que cargan sus tintas contra el Estado, negándolo como campo de lucha y disputa, obvian los problemas que conlleva la fragmentación de múltiples organizaciones e iniciativas. Si tomamos la producción mediante cooperativas de vivienda, con un sentir colectivo, autogestivo, estas han demostrado en Uruguay, Argentina o México una capacidad notable para superar el deterioro que se genera con la entrega de títulos de propiedad y las políticas de llave en mano, que además de revelarse siempre insuficientes en términos cuantitativos han tendido no pocas veces a reproducir hábitats degradados y marginales bajo otras formas. Este tipo de producción supone un cambio de mentalidad, eficiencia de recursos y aproximación colectiva al consumo (Rodríguez et al., 2015). Sin embargo, sin el apoyo del Estado y de una política firme de vivienda que respalde estos procesos, la producción social y no alienada del hábitat sólo puede quedar en iniciativas fragmentarias y minoritarias, como microutopías que sirven como modelos y ejemplos de posibles alternativas, pero no como una alternativa real para la mayoría de la población. Convertirla en una alternativa real para las clases populares en el contexto actual implica convertirla en una política de Estado, como ha conseguido en Uruguay la Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Apoyo Mutuo y como intenta en Argentina el Movimiento de Ocupantes e Inquilinos (Rodríguez, 2009).

También podríamos argumentar que creer que cualquier tipo de organización comunitaria es en sí misma progresista o incluso revolucionaria es un error terrible. El comunitarismo tiene una larga tradición conservadora, promoviendo precisamente el conservadurismo cultural y la oposición a cualquier tipo de progreso social, posiciones de protección de la riqueza propia y autosegregación de los pobres. Quizás los *countries* o comunidades cerradas que se

multiplican en las periferias de las grandes ciudades de América Latina son la mayor expresión de comunitarismo, de autonomismo y de producción de microutopías que podemos encontrar en la actualidad. En ellos el acceso segregado a los equipamientos, a la educación y a la salud y el control de la comunidad de gran parte de los pormenores del hábitat han alcanzado su realización más notable. Por supuesto que las bases de cualquier sujeto político colectivo, la base de la clase, son las solidaridades y la identidad producida en el ámbito local. Pero sin instituciones mediadoras que traduzcan esas solidaridades a una serie de valores universales, que conecten luchas y realidades a través de la geografía y hacia otras escalas más allá de lo local, esos grupos quedan en meros experimentos o pueden incluso acabar siendo políticamente conservadores.

Invirtiendo la inspirada figura de Zibechi podríamos decir que los nuevos movimientos sociales, con su posmaterialismo, su fragmentación, su carácter efímero y su rechazo de cualquier forma de poder se han convertido desde la década del setenta en una prisión de larga duración que condena la política antagonista a una situación de impotencia, a un bucle de efervescencia en la movilización y largos silencios a la hora de formular alternativas al sistema.

El antidesarrollismo

Un planteamiento que postula como máximo valor la autonomía de pequeñas comunidades y la autogestión de los recursos y las necesidades, de la educación, de la salud, parece que debería tener de partida escaso interés en las capacidades de intervención social o de transformación social que residen en los aparatos del Estado. En este sentido, el libertarismo posmoderno parece poco interesado en procesos redistributivos o en revoluciones humanistas. Plantear la centralidad de la expansión del modo de producción capitalista o su superación prometeica implica ya conceptos demasiado generales, economicistas y sospechosamente eurocéntricos. La idea de desarrollar infraestructuras de comunicación, grandes sistemas de servicios colectivos o la propia conceptualización de la pobreza y su reducción desde el Estado parece difícil de articularse con estos planteamientos. Podríamos sostener incluso que la propuesta autonomista hoy día es

fundamentalmente conservadora, sin que este adjetivo implique una connotación necesariamente peyorativa. El autonomismo ha tendido a tener un carácter opuesto a los gobiernos progresistas porque hay dentro de su pensamiento un planteamiento conservador y antiprogresista. Uno de los autores que mejor refleja esta posición en América Latina es Arturo Escobar.

En el contexto posmoderno, el concepto de desarrollo ha desaparecido de los círculos académicos hasta convertirse prácticamente en una mala palabra, identificado con una visión unilineal, etapista y eurocéntrica que presenta lo occidental como lo desarrollado-bueno y que llegaría a ser una herramienta ideológica etnocéntrica y de dominación colonial. Quizás el autor más conocido de esta línea discursiva sea Escobar (1998) que se sitúa en una posición declaradamente posmoderna y posestructuralista. En consecuencia, plantea el problema del desarrollo en términos de análisis de discurso: el desarrollo es fundamentalmente un discurso, que debe ser deconstruido analizando los contextos y los poderes bajo los que se ha creado. El subdesarrollo sería una concepción occidental sobre Asia, África y América Latina, caracterizada por el paternalismo y la homogeneización cultural, que se encontraría en la base del sometimiento del Tercer Mundo. El único desarrollo existente es el del capitalismo y la modernidad occidental, histórica y contingente. No hay un desarrollo en abstracto (Escobar, 1999).

Las políticas de desarrollo serían un instrumento de la modernidad capitalista que destruye la diversidad de las sociedades tradicionales expandiendo las lógicas capitalistas y burocráticas. Hacia el interior de los estados, este tipo de políticas servirían fundamentalmente para alimentar aparatos estatales burocráticos. Uno de los elementos clave de la ideología del desarrollo sería instaurar una economía nacional, para apoyar la idea de planificación económica a esa escala, lo cual choca obviamente con el territorio de las comunidades, que no entiende de estos límites estatales. La crítica posestructuralista al desarrollo, a pesar de que objetivamente se deriva en gran parte del tercermundismo nacionalista y de izquierda, tiende a renegar en mayor o menor medida tanto de las prácticas como de las teorías de este ámbito. Las condiciones que vieron la emergencia de los nacionalismos anticoloniales tercermundistas han sido superadas y sus planteamientos políticos (visones románticas de la tradición precolonial,

utopismo marxista y nociones occidentales de modernización y desarrollo) deben ser descartados (Escobar, 2004).

La crítica a las políticas desarrollistas afectaría tanto a la teoría del desarrollo típicamente liberal como a la crítica de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y a la teoría de la dependencia de influencia marxista, que son a menudo equiparadas dentro de los planteamientos antidesarrollistas. En primer lugar, se critica un uso acrítico del concepto de desarrollo, equiparado a crecimiento económico dentro de una visión evolucionista de la historia. Para Esteva (1999) tanto Marx como los teóricos de la dependencia entrarían en esta perspectiva supuestamente evolutiva, unilineal y eurocéntrica. En otras palabras, el concepto de desarrollo sería el mismo para Paul Baran que para Walter Rostow. Este tipo de discurso denuncia cómo los enfoques progresistas del desarrollo desvalorizan las formas tradicionales y vernáculas de poder popular y las formas tradicionales de resistencia, sustituyéndolas por nociones influidas por las izquierdas europeas (Ranhema, 1996). En segundo lugar, se critica el excesivo nivel de abstracción de este tipo de teorías, que simplifican la irreductible diversidad de la cultura humana. En tercer lugar, la teoría de la dependencia, al igual que la teoría de la modernización, trataría a las personas y las instituciones como víctimas pasivas de fuerzas estructurales sobre las que no tienen control. En cuarto lugar, se incluye a la teoría de la dependencia dentro de la crítica a las teorías generales y totalizantes. En la posmodernidad, la búsqueda de la explicación de una verdad sería sustituida por la diversidad de puntos de vista, lo que implica el abandono de las grandes teorías que intenta explicar todo. Cualquier visión del mundo es válida excepto aquella que procura arrogarse la verdad o una prioridad explicativa sobre las demás. Para Escobar (1999), los procesos contemporáneos asociados a la globalización, la hibridación cultural y la transterritorialidad convierten los grandes modelos y las teorías generales como el marxismo en totalmente inútiles. Finalmente, el antiestatismo conduce a estos autores a denunciar los discursos izquierdistas por contribuir a persuadir de que las autoridades estatales son el poder real y que se encuentran al alcance de todos. Los proyectos de desarrollo de naturaleza ideológica habrían llevado a grandes desastres totalitarios como la URSS (o Venezuela) (Ranhema, 1996).

El objetivo último de la deconstrucción del discurso del desarrollo sería liberar el campo discursivo para poder imaginar alternativas, no evolucionistas ni eurocéntricas. Escobar (1998) propone un proyecto que combina el abandono de la modernidad eurocéntrica, una nueva perspectiva basada en el diálogo decolonial entre culturas y la agencia de los movimientos sociales. Las luchas de estos movimientos irían más allá del materialismo, del reclamo de bienes y servicios, y pelearían por la definición misma de la vida. Serían luchas culturales. Además, estos movimientos “muestran propiedades emergentes y un complejo comportamiento adaptativo que los movimientos del pasado, con su inclinación por la centralización y jerarquía, nunca fueron capaces de manifestar”. Apuesta por una política basada en los lugares (Escobar, 2004) usando el ejemplo de los zapatistas (Escobar, 1999). En una línea muy similar, el único planteamiento positivo de Esteva (1999) reside en una exaltación libertaria de la capacidad de los barrios, las aldeas y las vecindades. Una escala local-comunitaria donde supuestamente sería posible construir una existencia independiente del capitalismo.

Los gobiernos progresistas como gobiernos desarrollistas

La crítica posestructuralista al desarrollo acaba en un callejón sin salida. El deconstructivismo crítico de esta corriente tiende a destrozarse su objeto hasta que no queda nada por decir de él. El énfasis posmoderno en la fragmentación e interminable multiplicidad de perspectivas de los agentes acaba por destruir su objeto de estudio y conduce a la inacción política. Puede que el contenido básico del argumento teórico antidesarrollista sea irrefutable, pero aun así caben algunas críticas políticas bastante obvias. Aunque muchos de los críticos posmodernos rechazan por completo las políticas de desarrollo, en sus vertientes más pragmáticas e incluso liberales, estos planteamientos han tendido a fraguar bastante bien con las críticas posestructuralistas, que proponen orientar el desarrollo hacia problemas y grupos específicos, proyectos particulares e iniciativas descentralizadas, frente a los grandes planes globales, planificados y centralizados en las instituciones del Estado. La demonización del Estado lleva a apoyar la externalización de sus responsabilidades sociales y económicas a

través de ONG y organizaciones de cooperación para el desarrollo. La forma en que este tipo de autores tienden a sentirse mucho más cómodos con ONG que con instituciones del Estado es una muestra del fuerte contenido antipolítico de este pensamiento. La compatibilidad entre cierta crítica posmoderna al desarrollo y las políticas neoliberales debería llevar a sospechar, al menos, hasta qué punto el éxito de estos planteamientos es en parte un acomodamiento a la indiscutible hegemonía del capitalismo neoliberal. De alguna manera, estas críticas pueden resultar más efectivas contra los tímidos intentos de los gobiernos progresistas de América Latina que contra un neoliberalismo que parece seguir gozando de muy buena salud después de tres décadas de hegemonía global y deconstrucción posmoderna.

Aun así, respecto del problema que nos ocupa, podría afirmarse que los gobiernos progresistas no han supuesto una ruptura radical con los modelos de desarrollo occidentales capitalistas. Ante un capitalismo neoliberal, en muchos casos, han podido proponer un capitalismo desarrollista clásico, igualmente estatista, evolucionista, consumista y acomodado dentro de unos parámetros de dependencia económica. Contra esto debemos traer a colación varios argumentos.

Primero, entendemos que frente a la existencia de flagrantes desigualdades y situaciones generalizadas de miseria y precariedad es necesaria una acción política progresista y “un” desarrollo. Estamos de acuerdo con que las comunidades deben ser el principal agente activo en su propia transformación y que esta debe ser voluntaria. El desarrollo no debe implicar un camino unilineal, no puede ser exclusivamente cuantitativo y no tiene que suponer necesariamente homogeneidad cultural ni aculturación.

El consumismo es parte fundamental del sentido común del capitalismo contemporáneo. Esto no quiere decir que a mayor consumo haya más capitalismo, como si mejorar las condiciones de vida de la población implicara necesariamente expandir las relaciones capitalistas. Los consumos colectivos también son consumo y también se han incrementado e incluso han sido bandera de los gobiernos progresistas. Incrementar el consumo de la población es un objetivo totalmente legítimo en países donde amplios estratos de la población se encuentran en un nivel elevado de precariedad. El desarrollo de un sistema sanitario en Bolivia o la producción masiva de viviendas en

Venezuela dentro de las Misiones suponen un mejoramiento objetivo de las condiciones de vida de la población. Estamos hablando de viviendas salubres, vías de acceso, iluminación de las calles, escuelas, centros de salud, abastecimiento y desagüe. Esto es incremento del consumo, pero también de una expresión de las capacidades sociales para la solidaridad y la cooperación que se proyectan en la intervención social del Estado. Si queremos una sociedad socialista es para mejorar las condiciones de vida de la población, para que la gente no pase necesidad, no para lo contrario. Aumentar el consumo no quiere decir aspirar a los niveles de consumo indecentes a los que aspiran por lo general las clases medias en el sistema capitalista, y en ese sentido, el desafío difícilmente superado por los gobiernos progresistas es el de cambiar ese sentido común respecto del consumo, limitación que a su vez reafirmó la posibilidad/necesidad de enfrentarlo en una permanente batalla por las ideas en la que se asuma la premisa de que politizar la economía implica politizar el consumo.

Segundo, que haya voluntad de superar los parámetros de dependencia de la exportación de materias primas no es suficiente para hacerlo efectivamente en la práctica. La transformación de la sociedad es una lucha constante que se enfrenta a enemigos de clase formidables. Las batallas perdidas de los gobiernos progresistas y las fuerzas sociales que los acompañaban han delimitado el horizonte de su capacidad de transformación, más allá de la voluntad de los mismos. El ejemplo cabal de esto es la feroz oposición a la Resolución 125 en Argentina, que afectaba intereses de la oligarquía agrícola-ganadera pero que distaba mucho de la tan necesaria reforma agraria o cualquier medida expropiatoria. Lo cierto es que resultó en una muestra del éxito de la ideología hegemónica, en tanto el rechazo no sólo fue protagonizado por los “damnificados”, sino por clases medias e incluso sectores populares que se sintieron interpelados, que hicieron “propios” los intereses de las clases altas. Algo similar sucedió cuando el gobierno de Rafael Correa en Ecuador lanzó una ley de impuesto a la herencia y la plusvalía (2016): la oposición fue de tal magnitud que tuvieron que retirar el proyecto. Estos son los límites al reformismo impuestos desde el Estado como campo de disputa y expresión de la lucha de clases.

Tercero, la soberanía del Estado-nación sigue siendo en la actualidad, a pesar de la globalización y de la modernidad, una trinchera

fundamental de desafío al capitalismo global, con un significado histórico profundo en América Latina. Nos atrevemos a afirmar que una de las pruebas más contundentes de la superación del cierre ideológico que operaron los gobiernos progresistas fue el protagonismo de la soberanía nacional (o plurinacional) como eje de la disputa contra el neoliberalismo: la unión regional para cuestionar y en algunos casos complicar el avance sistemático de los países centrales a través de las medidas implementadas por instituciones financieras internacionales, empresas transnacionales, organismos internacionales y especialmente la injerencia estadounidense (con amplia trayectoria en la región). De modo tal que el antiimperialismo adquirió una dimensión regional pocas veces experimentada en el pasado de América Latina. Por un lado, este consenso otorgó legitimidad a medidas en otro momento impensadas, como las nacionalizaciones de empresas estratégicas en los países donde las reformas fueron más profundas, dando cuenta de que los recursos son la base material de la soberanía y la posibilidad de la autodeterminación. Por otra parte, el nacionalismo y el antiimperialismo, con profundas raíces en la región, y con el ejemplo invaluable de la Revolución Cubana, adquirieron una nueva potencialidad al centrarse en la necesidad y urgencia de la integración regional como estrategia antiimperialista: la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) son en buena medida resultados de este giro, que fue especialmente impulsado y sin titubeos auspiciado por Venezuela.

Capítulo 4

Devenir liberal: el peligro del realismo de izquierda

El libertarismo posmoderno abre caminos para la política fuera del fetiche del Estado, al mismo tiempo que cierra otros que hacen imposible el desarrollo exitoso de una subjetividad política con capacidad de llevar a cabo una transformación social duradera y a una escala relevante. Hay aquí por lo tanto un componente antipolítico de izquierda. Sin embargo, este no es exclusivo del espontaneísmo autonomista. La colonización de las formas antipolíticas de la ideología dominante es incluso más evidente en la izquierda estatista. Hay que reconocer que ha existido y existe también un fuerte componente antipolítico en los gobiernos progresistas. Es más, este componente antipolítico, en un contexto de regresión, corre el riesgo de hacerse cada vez más fuerte. Lo que denominamos realismo de izquierda implica una participación abierta en el consenso en torno a la democracia liberal y la economía de libremercado que caracteriza la ideología dominante. Esto se hace especialmente evidente cuando, para mantenerse en el poder, las izquierdas asumen gran parte del discurso antipolítico del neoliberalismo. El peaje, a menudo, es abandonar cualquier proyecto político alternativo y asumir el proyecto hegemónico de la derecha. Este supuesto realismo es equiparable a lo que Boron (2012: 142) denomina “posibilismo”, en tanto aceptación resignada de lo existente en contraposición al realismo necesario para transformar el mundo (y no sólo para estudiarlo o interpretarlo). Por supuesto, estos elementos han estado presentes antes de los giros a la derecha de los gobiernos argentino y brasileño, pero en este contexto la amenaza de volver sobre los propios pasos y asumir como lección de la derrota el

discurso lanzado desde los enemigos políticos –sobre la eficiencia de la economía, las clases medias, etc.– es un riesgo grande.

El realismo de izquierda está íntimamente ligado al surgimiento de la antipolítica y es parte de la misma. La sucesión de eventos traumáticos para la izquierda que implican el derrocamiento de gobiernos reformista-democráticos como los de Arbenz, Goulart y Allende, hasta la derrota electoral en un contexto de coacciones y guerra psicológica contra el sandinismo, unido a la regresión y derrota del movimiento obrero internacional y el derrumbe controlado del bloque comunista, provocaron el surgimiento de una nueva izquierda pragmática en la década del ochenta. Este pragmatismo implica asumir que el capitalismo está para quedarse, renunciar a cualquier horizonte socialista y concentrarse en cambios asumibles, transformaciones a menudo de carácter cultural, totalmente justas e indispensables, por otro lado. El contexto actual, tras algunas derrotas del progresismo, es especialmente proclive a la imposición de un pensamiento pragmático de este tipo. Por otra parte, el denominado populismo ha podido funcionar como una herramienta muy potente desde el progresismo contra la antipolítica liberal e incluso contra el realismo de izquierda. Sin embargo, no está exento de sus propias limitaciones, que se han hecho patentes en el último ciclo político en el continente.

Del posmarxismo al liberalismo: democracia radical y populismo

Uno de los baluartes teóricos a los que se recurre desde la izquierda en busca de una salida pragmática desde las instituciones es Ernesto Laclau, tanto en su propuesta de la democracia radical como en su visión del populismo. Nuestra posición aquí es que la propuesta de Laclau implica renunciar a la politización de la economía, asumir los principales presupuestos del liberalismo incluyendo la independencia de la esfera política del Estado y eliminar el foco del antagonismo principal en las clases sociales. En última instancia, esta posición implica renunciar a plantear una crítica del capitalismo y un horizonte no capitalista para la sociedad.

Las transformaciones internas del sistema capitalista y los cambios geopolíticos después de los años setenta condujeron a un progresivo

declive del movimiento obrero y anticapitalista, al mismo tiempo que se agotaba el ciclo de luchas asociado a la descolonización del denominado Tercer Mundo. La creciente hegemonía del capitalismo neoliberal, desde entonces hasta llegar a una situación virtualmente pospolítica en los noventa, ha intentado ser revertida desde distintos proyectos políticos. Laclau y Mouffe (2004) proponían en los ochenta la democracia radical y pluralista basada en los nuevos movimientos sociales y, más recientemente, Laclau lanzaría su conocida hipótesis populista.

La obra de Laclau y Mouffe parte del análisis de la crisis del socialismo, cuya causa se encontraría en la excesiva centralidad otorgada a la clase obrera y la focalización en la revolución como momento fundacional de una sociedad distinta, así como la ilusión de superar los antagonismos sociales a través de la misma. De la lucha de clases y la lógica de la necesidad histórica, economicista y reduccionista, habría que pasar a una lógica de lo contingente.

La necesidad de la clase obrera como agente político vendría dada por una concepción naturalizadora de la economía, que supone leyes endógenas para la economía, una tendencia a la homogeneización y pauperización crecientes de la clase obrera y la suposición de un interés de la clase obrera en el socialismo. No obstante, la unificación entre distintos agentes sociales inmersos en luchas no es la expresión de una esencia común subyacente, sino el resultado de una lucha y construcción políticas. La crisis de la izquierda procedería precisamente de su estrecha mentalidad clasista, que la reduce a un grupo de presión de los intereses sindicales. “Esta es la raíz de la absurda concepción según la cual el grado de izquierdismo de un programa se mide por el número de empresas que se propone nacionalizar” (Laclau y Mouffe, 2004: 112). Desde el punto de vista de Laclau y Mouffe, la no fijación debe pasar a entenderse como condición de toda identidad social. Las identidades son puramente relacionales y el sistema de relaciones no es fijo ni estable, ni el sentido de la identidad social responde a ninguna necesidad. La inestabilidad de las identidades, la fragmentación y la complejización serían justificadas en última instancia por los cambios en la estructura social contemporánea, que darían lugar a una creciente proliferación de las diferencias.

Una de las manifestaciones del giro político de los años setenta fue la emergencia de los llamados Nuevos Movimientos Sociales

(NMS). Frente a los viejos movimientos sociales antisistémicos, como el nacionalismo y el movimiento obrero, los NMS adquirirían un carácter posmaterialista. La acción de estos NMS favoreció el auge de una nueva izquierda, que incluyó gran parte de sus propuestas en materia de ecología, derechos sexuales o igualdad de género, desplazando los temas relacionados con el sindicalismo y la desigualdad social. El carácter plural y multifacético de las luchas sociales contemporáneas (ha de entenderse posteriores a los años setenta) habría disuelto el fundamento último del imaginario político basado en sujetos universales y una historia singular.

La propia lógica del capital es cuestionada desde la perspectiva neomarxista. El desarrollo del capitalismo –si este término tiene algún sentido en la teoría de estos autores– no sería el efecto de las leyes de la competencia y de las exigencias de la acumulación. Al final, el desarrollo de las fuerzas productivas o el proceso de trabajo serían solamente ámbitos de lucha política que pueden ir en una dirección o en otra. Esto conduce a la idea de la autonomía de lo político. Lo político contaría con una autonomía respecto de la estructura económica. No existiría una determinación de la esfera política por la cuestión económica, por lo que la crisis del capitalismo, los procesos de proletarianización o el rol de la burguesía nacional pasarían a ser fetiches marxistas sin unas implicaciones políticas que vayan necesariamente en uno u otro sentido.

La apropiación que realizan del concepto de hegemonía de Gramsci llevaría a plantear una lógica antiesencialista, de la contingencia, y la superación del carácter clasista de los agentes sociales. La hegemonía sería el campo en el que se articulan una variedad de luchas autónomas y reivindicaciones particulares entre las que se establece una lógica de equivalencia. Así, Laclau y Mouffe proponen una redefinición del proyecto socialista en términos de una radicalización de la democracia liberal. La democracia debería trabajar en este proyecto articulando la irreductible multiplicidad de luchas contra diferentes tipos de subordinación: de clase, sexual, étnica, ecológica, etcétera. La lógica de la representación de la clase por el partido daría paso a una lógica de equivalencia entre luchas particulares y autónomas. No obstante, Laclau y Mouffe privilegian la lucha política por la democracia, de tal forma que todas las otras luchas son en última

instancia la aplicación del principio de democracia a otros dominios: raza, sexo, religión, economía, etc. Así que la nueva misión de la izquierda no sería luchar contra la ideología liberal-democrática sino lo contrario, profundizarla y expandirla en la dirección de una democracia plural y radicalizada.

Finalmente, la renuncia de Laclau y Mouffe a la revolución y la transformación social es explícita. La revolución que surge del modelo jacobino implica la concentración del poder a partir de la cual la sociedad podría ser reorganizada racionalmente, lo que para los autores es incompatible y se encuentra en oposición a la pluralidad y apertura de una democracia radicalizada (Laclau y Mouffe, 2004: 223). De nuevo, el discurso anticomunista que sostiene que la revolución conduce a la barbarie de la guillotina o de los gulags se encuentra presente aquí, de forma mucho más explícita que en el libertarismo posmoderno, aunque quizás más consecuente con sus implicaciones políticas reales.

La antipolítica de la izquierda liberal

Con Larraín (2010) debemos afirmar el valor de subrayar la diferencia y la complejidad contra un esencialismo fundamentalista, pero también el peligro de no encontrar alternativa que no sea la contingencia, la indeterminación y la aleatoriedad totales. En Laclau y Mouffe no existen los sujetos extradiscursivos, no existen las identidades fijas, no hay intereses esenciales ni relaciones necesarias, no existen condiciones determinantes ni contradicciones. Más allá de que se tomen los NMS o la clase obrera como sujeto político, el problema del antiesencialismo de Laclau y Mouffe es que lleva a que no haya forma de juzgar si unas ideas políticas son correctas o equivocadas o son más beneficiosas que otras. Los discursos y los posicionamientos políticos son independientes del lugar que se ocupe en la sociedad. Bajo este planteamiento existe tan poca relación entre ser un obrero precarizado en el mundo occidental y los distintos tipos de socialismo como entre ser mujer y feminista. Se acaba por negar que los planteamientos políticos tengan un contenido particular. El énfasis total en la política en detrimento de la economía en el posmarxismo termina por resultar contraproducente para la propia política, porque hace imposible decir sobre qué trata, sobre qué materia actúa. Así, la política se reduce a una serie de estrategias oportunistas

para conseguir una precaria hegemonía, con lo que los autores sustituyen la teoría revolucionaria por una teorización de la demagogia política. Como afirma Eagleton (2005) contra Laclau y Mouffe, la relación entre ciertas posiciones sociales y ciertas formas políticas es necesaria, lo que no quiere decir que sea inevitable o automática.

No hay términos tales como democracia, liberalismo o socialismo que tengan un conjunto de características estables que los definan. Son significantes flotantes. En último término, la única manera de definir democracia es decir que contiene todos los movimientos que se autodesignan como democráticos. Como denuncia Larraín, cuando Pinochet legitimaba su régimen como democrático, debemos incluirlo dentro de esta cadena de movimientos y organizaciones democráticas. La democracia no tendría un contenido real sino por oposición a lo no democrático, que para Pinochet eran Allende y el comunismo. De esta forma, “en nombre del antiesencialismo, se cae en un completo sinsentido” (Larraín, 2010: 162).

Incluso si tomamos la democracia como opuesto a una situación de tiranía demostrable, la propia reivindicación de la radicalización de la democracia como horizonte político implica un componente antipolítico. La propia definición de democracia conlleva la exclusión de lo no político, la esfera liberal de la política como algo separado de la sociedad civil y de lo económico. En esta línea se encuentra la idea de la autonomía de lo político. Con esta propuesta, estos autores fuerzan a realizar una falsa elección entre política y economía, así como entre la crítica de la economía política y la filosofía política posmoderna, ignorando las formas en que la sociedad civil condiciona constantemente la forma de la sociedad política. De este modo, su planteamiento es una puerta abierta a caer de nuevo en el fetiche del Estado, como de hecho ha podido ocurrir incluso en los gobiernos progresistas que han planteado transformaciones más radicales. El peligro de esto debería ser evidente. No sólo se trata de la cuestión ya mencionada de la progresiva desconexión entre los gobiernos progresistas y los movimientos de base. Cualquier logro político puede verse reducido a cenizas por una guerra que se libra en el ámbito de las relaciones económicas, donde el enemigo sabe moverse perfectamente y sabe dónde se encuentra el verdadero poder. La debacle económica de Venezuela constituye un ejemplo inmejorable.

Gran parte del pensamiento posmoderno, incluyendo el realismo de izquierda, ha buscado la politización de aspectos previamente considerados apolíticos o privados, pero también ha contribuido a la despolitización de la economía y la naturalización del capitalismo. Coincidimos con Žižek (2011) cuando afirma que las luchas económicas son necesariamente reprimidas en el campo de las luchas particularistas. Las políticas de izquierda que proponen cadenas de equivalencias entre diversas luchas tienen una correlación absoluta con la aceptación de las relaciones económicas capitalistas como un marco incuestionado. La huida del esencialismo marxista conduce entonces a la aceptación del capitalismo y a la renuncia a cualquier intento real de superar las condiciones sociales de existencia actuales. Lo anterior no quiere decir que los logros progresistas en ámbitos no económicos y no relacionados con las relaciones capitalistas no sean valiosos, necesarios o incluso fundamentales. Parece perfectamente legítimo que el centro de los objetivos políticos sea la lucha contra el patriarcado o contra la sociedad racista en lugar de contra el capitalismo. Las victorias y los logros en relación con estas cuestiones son fundamentales, necesarios y deben ser profundizados. No obstante, asumir con todas sus consecuencias la autonomía de estas luchas implica entender que el desarrollo de las mismas se realiza con independencia de (o en ocasiones puede incluso apoyarse en) la consolidación de un consenso ideológico en torno a la democracia liberal y la economía de mercado que supone la eliminación de cualquier horizonte político poscapitalista. Las políticas posmodernas de la identidad encajan muy bien con la idea del mercado global y de una sociedad liberal y antipolítica.

Žižek (2011) afirma que la ideología dominante nunca coincide por completo con las ideas de la clase dominante. La ideología dominante, para ser operativa, tiene que incorporar una serie de rasgos en los cuales la mayoría explotada/dominada pueda reconocer sus anhelos auténticos. El anhelo utópico, el anhelo de una verdadera comunidad, solidaria, etc., es absorbido de múltiples maneras por la ideología del mercado. En este mismo sentido, hoy parece indiscutible que la ideología dominante en su formulación neoliberal, del capitalismo contemporáneo, cada vez de forma más clara tiende a incluir, a absorber, demandas globales de multiculturalismo, respeto a la diversidad, etc., legítimamente populares, que pasan a formar parte del discurso

y la práctica dominantes. Aquí es inevitable volver al ejemplo de Mauricio Macri en Argentina. Una parte de la izquierda y del peronismo (de izquierda) querría que Macri fuera simplemente un retrógrado machista, abiertamente racista y sin preocupaciones por la ecología. Es muy probable que él en persona sea o piense de este modo. Sin embargo, mostrar una fachada abierta a dialogar con el feminismo, no expresamente xenófoba (tal como lo hace un Trump) y verde es parte de la política antipolítica que abandera este y cualquier gobierno conservador que quiera ser realmente moderno. El mayor daño que pueden hacerle a la izquierda en este contexto es realizar avances en estas líneas que ellos han sido incapaces de realizar mientras han estado en el gobierno –un ejemplo es el debate sobre la despenalización del aborto que se llevó a cabo en plena gestión macrista y que el anterior gobierno kirchnerista tendió a obturar–.

La política antipolítica es finalmente el triunfo de las ideas liberales de izquierda, que sostienen que los ideales burgueses de libertad e igualdad son propiedades reales y autónomas alcanzables mejorando el modelo de democracia liberal y economía de mercado. Marx, por el contrario, sugiere que la dimensión ideológica de la libertad y la igualdad liberales está incrustada de manera intrínseca en la realidad capitalista, como mecanismo de ocultación del carácter irrealizable de esta libertad e igualdad en el sistema. Parafraseando a Jameson (2015: 15-16), lo único que puede ocurrir es que desaparezca el sistema que las genera para abolir los ideales de libertad e igualdad junto con la práctica de ausencia de libertad y de desigualdad. La forma en que el realismo de izquierda evita hablar de capitalismo y de mercado es sólo una forma más de reforzar su inevitabilidad y su naturalización. Esto no es un detalle sin importancia, sino que es el ámbito decisivo de la lucha política actual. Es asumir el mercado como natural y el capitalismo como inevitable, y desplazar la atención hacia otros aspectos, cualquiera, en los que no se cuestionen estos principios fundamentales.

La hipótesis populista

Más tarde, Laclau (2005) se desplazaría desde la democracia radical hacia su particular definición de populismo. Para Laclau, populismo

no es un movimiento político específico, sino lo político en su forma más pura, una matriz neutral, un campo de lucha abierto cuyos contenidos están definidos por la lucha contingente por la hegemonía. El populismo ocurre cuando una serie de demandas democráticas particulares son encadenadas en una serie de equivalencias y este encadenamiento produce “el pueblo” como el sujeto político universal. Lo que caracteriza al populismo es la emergencia de la gente como sujeto político, y todas las diferentes luchas y antagonismos particulares aparecen como parte de la lucha entre el pueblo y el Otro. De nuevo, el contenido de nosotros y ellos no está predeterminado, sino que se establece en la lucha por la hegemonía. En un contexto donde el poder hegemónico no puede incorporar una serie de demandas particulares, una fuerza antagonista podría luchar por abanderar ciertos significantes vacíos (democracia, justicia, decencia), que podrían incorporar las múltiples demandas particulares insatisfechas de la población. Esta tesis estaría basada en gran medida en la observación del funcionamiento del discurso peronista en Argentina.

Como lo plantea Laclau, el líder se convierte en el significante vacío a través de un discurso ambiguo y lenguaje vacío y una actividad manipulativa hacia una diversidad de grupos y estratos disconformes con la dictadura en Argentina. La pluralidad de ideas y la contradicción entre directrices se justifica en la medida en que el aglutinador y sentido último de la política es el propio Perón, más allá de cualquier idea y de cualquier política concreta. El logro definitivo sería la inclusión de las clases medias de los años setenta dentro de la cadena de equivalencia peronista, de tal manera que el retorno de Perón era equivalente a cualquier idea de justicia o libertad.

El principal problema del populismo para Žižek (2006) sería que nunca focaliza en los problemas al interior del sistema, sino que el enemigo es continuamente externalizado como una entidad cuya eliminación reestablecería una situación de justicia natural. La causa de los problemas no es en última instancia el sistema sino el intruso que lo corrompe (la corrupción política y no el capitalismo, los especuladores financieros y no los capitalistas como tales, la elite vendepatria y no la burguesía). El problema no son las consecuencias estructurales e inevitables del sistema capitalista sino un elemento que no tiene un rol propio en la estructura. Es difícilmente discutible

que el MAS en Bolivia o los Kirchner en Argentina adoptaron esta lógica. No obstante, para el marxismo, el error o el problema que identificamos como intruso o anomalía sería en realidad un indicador de la normalidad y la salud de la estructura, del funcionamiento normal del sistema capitalista.

Por otro lado, Žižek pone en duda la existencia de una polarización entre la administración pospolítica y la politización populista. Las dos podrían incluso coexistir en la misma fuerza política, reemplazando la tolerancia multiculturalista por cierto tipo de nacionalismo como suplemento ideológico. Podríamos decir que Hillary Clinton u Obama y Donald Trump están en desacuerdo en todo, excepto en lo realmente importante. Esto es, en la economía neoliberal y los dispositivos geoestratégicos, militares, discursivos y diplomáticos para mantener un determinado orden internacional bajo estos supuestos económicos y con el liderazgo de EE.UU. como potencia hegemónica. El populismo para Laclau no estaría vinculado a ningún contenido político específico. Sin embargo, Žižek apunta que tal como es planteado por Laclau implica una fórmula política en la que invariablemente se produce un desplazamiento del antagonismo social interno hacia el antagonismo del pueblo unido contra su enemigo externo. En este sentido, el populismo, lejos de ser lo político en tanto tal, siempre implica una despolitización, una naturalización de la política, en tanto que elimina el antagonismo interno que hace posible un acto realmente político.

Si la hegemonía neoliberal parece conducir a la muerte de la política a través de su transformación en una gestión técnica de la sociedad acompañada de una serie de imágenes mercantilizadas, Laclau parece caer en la misma tentación de reducir los problemas de la izquierda a un problema retórico, frente al cual ofrece recursos puramente tacticistas sin ningún contenido sustancial. Al mismo tiempo, es difícil negar que los planteamientos de Laclau sobre la hegemonía son indispensables para cualquier agente que quiera intervenir en la dimensión formal de una democracia liberal. No obstante, por sí solos se reducen a un sistema para lograr la consecución del poder que se desentiende del problema fundamental, es decir, para qué usar el poder. De esta forma, la izquierda liberal logra periódicamente el poder para acabar desarrollando las mismas políticas de la derecha.

Laclau privilegia el populismo sobre la lucha de clases porque provee una matriz neutral abierta a cualquier tipo de contenidos, mientras que la lucha de clases presupone un agente político privilegiado por su posición social objetiva. Pero es que el capitalismo es una realidad objetiva que condiciona y determina la vida de millones de personas. La economía no tiene leyes autorreguladas en tanto tales. El capitalismo es ideología, pero una ideología muy real y con un núcleo bastante estable en los últimos dos siglos y medio, y que se dirige precisamente a la producción de una esfera independiente de la economía, ajena a la intervención política.

A estas objeciones habría que añadir al menos otro problema evidente con el populismo: la eliminación de un plumazo de toda la cuestión de la representación. El populismo implica una conexión directa entre el líder y el pueblo, lo que supone la renuncia a todas las instituciones mediadoras entre ambos. La dependencia total respecto del líder en cuestión hace que los procesos sean extremadamente vulnerables a su pérdida. El problema de la falta de relevo de cuadros ha sido una constante en todos los gobiernos populistas, y el abandono de las instituciones mediadoras en favor de liderazgos fuertes es parte de este problema, tanto como el de la desconexión virtual del gobierno con las bases que lo han aupado. El salto base-líder dificulta los canales de comunicación y los hace unidireccionales, de arriba hacia abajo. En este sentido, el populismo tampoco escapa al problema del fetiche del Estado, que puede ser más fuerte aquí que en ningún otro modelo político. La debilidad de las instituciones mediadoras dificulta la conexión con las bases e implica un cierto desprecio hacia la esfera comunitaria de lo político. El mismo desprecio que tiende a mostrarse desde la política pura, formal, hacia las formas políticas espurias es devuelto desde las organizaciones de base con resultados a menudo catastróficos.

Dilemas de la izquierda (¿en regresión?)

Las derrotas infringidas a la izquierda en los últimos años y la situación de regresión producen una nueva instancia de crisis que invita a abreviar en algunas de estas posiciones. Nos atreveríamos a aventurar que, prioritariamente, en el realismo de izquierda. Sin embargo, la moderación política y el pacto con la derecha neoliberal, suavizando

el discurso y focalizándolo en políticas culturales o dirigiéndose a una supuesta clase media con un discurso tranquilizador, no garantiza en ningún caso la supervivencia de los gobiernos progresistas.

Los mejores ejemplos de realismo de izquierda dentro de los gobiernos progresistas se encuentran obviamente fuera del núcleo de países con procesos constituyentes y proyectos de transformación radical. Dentro de los gobiernos progresistas moderados, el realismo de izquierda tiene quizás su mejor ejemplo en el caso de Brasil, con el permiso del Frente Amplio de Uruguay, especialmente en su última etapa al frente del gobierno. En Brasil, la llegada de Dilma Rousseff al gobierno conservó los avances en materia económico-social impulsados por el Estado bajo los gobiernos de Lula, a la vez que apuntaló aún más el vínculo con las élites transnacionales, en un contexto de permanente alejamiento de las bases del PT. Lo anterior se dio en un marco de retroceso de las reformas y de moderación discursiva. Un ejemplo fue el nombramiento del ortodoxo Joaquim Levy como ministro de Economía, los controles para acabar con el supuesto desorden fiscal o la denominada Agenda Brasil, que contenían una serie de propuestas que incluían privatizaciones y recortes. Indudablemente el PT ha desarrollado políticas progresistas, que sin embargo dieron paso a un protagonismo liso y llano de medidas neoliberales (que, por otro lado, nunca dejaron de estar presentes). Aun tomando nota de esto, no debe menospreciarse la importancia del Brasil de Lula en los avances en términos de integración política y seguridad a nivel regional. El No al ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas) contó con el protagonismo invaluable de un Brasil que siendo potencia regional se perfilaba como un actor influyente en la geopolítica internacional.

Pero las concesiones a la derecha fueron determinantes y a pesar (o como consecuencia) de tal estrategia, Dilma Rousseff fue derrocada por medio de un golpe institucional, expulsada por la derecha y con un tímido apoyo por parte de sus bases, que hacía tiempo ya estaban desconectadas de la cúpula del PT –que no alcanzaron a eclipsar mínimamente la movilización de la clase media en las calles y el llamado de la prensa en contra de la corrupción, aparentemente inherente al PT-. Las permanentes concesiones a la elite transnacionalizada no sólo no garantizaron la posibilidad de gobernar, sino que minaron la posibilidad de profundizar el reformismo

en un país donde las clases altas aborrecen de cualquier inclinación hacia algo que se denomine socialismo. En síntesis, para las elites en el poder, las mínimas reformas pueden ser percibidas como cambios revolucionarios inadmisibles. Transar con estos sectores en pos de la gobernabilidad es amputar cualquier posibilidad de cambio, por mínima que sea (Boron, 2016). La desconexión del PT con las organizaciones de base, descabezadas por la cooptación de los cuadros y olvidadas por un partido que progresivamente pasaba a moverse en exclusividad dentro de las instituciones del Estado, ha sido el elemento clave que permitió el golpe constitucional en Brasil. Un proyecto transformador que se localiza exclusivamente en las instituciones es una víctima fácil para la reacción política. Si el golpe a Rouseff pudo hacerse efectivo, fue en parte por el propio debilitamiento del PT dentro de su deriva pragmática.

Otro ejemplo es el de Uruguay, donde el Frente Amplio ha ido consolidando su perfil de coalición electoral en detrimento de sus componentes de base. El gobierno de Mujica (2010-2015), a pesar de su retórica revolucionaria y emancipadora, procuró allanar el camino para el paso de la acción del Estado en función del interés público a la función reguladora del mercado como ente más eficiente y adecuado. En 2004, con el triunfo de Tabaré Vázquez, se consolidó la alianza del gobierno frenteamplista con el capital transnacional y las instituciones financieras internacionales, en ese entonces sin la necesidad de un doble discurso. Se “confiesa” la necesidad de préstamos del FMI (y mayor endeudamiento) para mejorar el clima de negocios e inversiones, lo que redundaría en una mejor calidad de vida para los uruguayos que viven en la indigencia, o justificaciones como “la riqueza es hija del trabajo y el trabajo necesita de inversión” (Elías, 2012: 383-384). Se anula así la posibilidad de buscar caminos que, sin renunciar a la inserción en el mercado internacional –lo cual sería un suicidio para Uruguay–, apunten a escenarios de mayor autonomía estatal en la toma de decisión de cara a medidas redistributivas. Al igual que el PT, mientras en la región hubo un marcado giro hacia el progresismo, el Frente Amplio intentó acomodarse a eso. En cuanto los vientos cambiaron hacia la derecha, mostró su pragmatismo, apoyando entre otras cosas la expulsión de Venezuela del Mercado Común del Sur (MERCOSUR).

En Argentina, durante el kirchnerismo, en particular en el último gobierno de Cristina Fernández, hubo un debilitamiento en la apuesta por el reformismo y una acentuación del discurso en los logros en términos de consumo y pasaje de los sectores populares a engrosar las “clases medias”. La apuesta por Scioli como candidato a presidente en las elecciones de 2015, un personaje procedente del mundo del deporte y el espectáculo, de escaso carisma y posiciones políticas ambiguas, es la mejor expresión de una batalla interna en el kirchnerismo que se decantó por la moderación y el posibilismo en lugar de lo utópico y posible (la radicalización del proceso). Este giro conservador, que se venía anticipando y que no llegó a concretarse por la inesperada derrota electoral, se ha materializado en unos costos altísimos en términos de reversión de procesos, no sólo en Argentina, sino a nivel regional. Lo cierto es que las concesiones a la moderación no consiguieron convencer a unas clases medias cansadas de “tanta política”.

Otra reacción posible de la izquierda ante el giro conservador es el reforzamiento de los liderazgos fuertes, dentro de los que podríamos identificar una línea populista característica del fenómeno y que implica una conexión directa entre el pueblo y el líder sin instituciones mediadoras. Es cierto que probablemente existen escasas alternativas factibles y es un peaje necesario que se debe pagar. Pero sorprende la poca problematización que se ha hecho de la focalización del proceso de transformación social en figuras personales concretas, en detrimento de movimientos y organizaciones políticas. La crisis de la izquierda parece empujar en esta dirección. Así, en Bolivia, el dilema que se presenta hace un par de años es lo relativo a la continuidad del proceso de cambio y los límites de la democracia liberal. Por las condiciones políticas y económicas, el liderazgo de Evo Morales aparece como indispensable para garantizar la continuidad de los cambios. Por eso se llevó a cabo un referéndum en febrero de 2015 proponiendo la posible reforma de la Constitución a favor de su repostulación. La experiencia en Ecuador parece reforzar aún más el vínculo entre líder y proceso de cambio. La asunción de Lenín Moreno como supuesta continuidad del proyecto de Alianza País en reemplazo del liderazgo de Rafael Correa ha fracasado, si consideramos que los principales lineamientos de la actual gestión se orientan hacia un

realismo de izquierda, cuando no hacia un retorno al neoliberalismo. Su gobierno se ha centrado en la judicialización de la política, procurando “luchar ante todo contra la corrupción” (particularmente la corrupción del gobierno anterior, del que él mismo formaba parte); ha recuperado los vínculos con las instituciones financieras internacionales y las relaciones cordiales con el sector público-privado de EE.UU. A su vez, en el referéndum realizado para legitimarse frente a la gestión anterior, incluyó temas como la lucha contra la corrupción, los derechos de género y la preocupación por la ecología, todos afines al avance pospolítico, que procura acabar con la polarización y los discursos plagados de referencias “políticas” (que remiten a la clase, la intervención del Estado en la economía, la soberanía nacional, etc., muy presentes durante las gestiones de Rafael Correa).

Finalmente, tanto en el liberalismo de izquierda como en el populismo puede haber un abandono de la idea del antagonismo de clase. La interpelación a la clase media ignora que esta es en términos políticos una anticlase, una clase que niega el antagonismo social. La política antipolítica, de derechas e izquierdas, se sustenta sobre la clase media, trata de lograrla y construirla material e ideológicamente. La idea de la clase media como opuesta a una elite podría ser verdadera en ciertos contextos, pero tendemos a pensar que es equivocada para referir a esa supuesta clase media, procedente de la clase obrera, que alcanza determinados niveles de consumo como resultado de procesos redistributivos. La clase media, como proceso fundamentalmente ideológico y político, se construye precisamente contra una alteridad que es la clase baja, los pobres, de donde proceden. Esa clase media que proviene de la mejora de las condiciones de consumo paupérrimas escapa de las privaciones y la pobreza, y su Otro es un proletariado empobrecido o lumpemproletarizado. La posición de esta clase media es la de los que no son pobres, escapando de su origen, al que temen volver. Ganar a esta parte de la población para los procesos de cambio pasa por interpelarla de otra forma que no sea como clase media. La ubicación como clase media responde a una lógica política, y esta no es una respuesta automática a una elevación del nivel de consumo, así como la conciencia política de la clase obrera no es una respuesta automática a su posición en el aparato productivo. Si un obrero que accede a una vivienda en propiedad puede considerarse

clase media, un trabajador cualificado no manual puede considerarse un cierto tipo de proletario. La cuestión fundamental aquí es que la clase es una construcción política con base en la existencia de ciertas condiciones materiales, pero no una fatalidad o el resultado mecánico de un incremento del nivel de consumo.

En definitiva, los problemas del populismo se han hecho patentes en la situación latinoamericana actual, mientras que el giro pragmático y posibilista de la izquierda no es una solución, sino expresión de una derrota. Frente a esta falsa salida, entendemos que la lucha política debe dirigirse a la construcción de la organización revolucionaria que funcione como mediadora entre las solidaridades locales con base en las cuales surge la identidad de clase, el Estado y las aspiraciones universales de transformación y justicia social. La falta de atención a la construcción de la organización revolucionaria priva de una mediación necesaria entre los líderes y el pueblo y priva de una escuela de cuadros indispensable. Sin apostar por la organización revolucionaria sólo puede aspirarse a gobiernos separados de la política de base.

Conclusión

La hipótesis socialista

Frente a una serie de tendencias que conducen a una situación apolítica, esto es, una situación en la que el horizonte de posibilidades de transformación del orden social ha desaparecido bajo el consenso en torno a la democracia liberal y la economía de mercado, nuestra hipótesis es que la única forma de combatir esa tendencia es volver a plantear un horizonte anticapitalista, que es una hipótesis socialista que ha sido paulatinamente abandonada por la izquierda y que la conduce a su alienación e irrelevancia.

Por supuesto que hace falta cierto pragmatismo, desembarazarse de fetiches y partir del análisis de lo realmente existente, implicar en los procesos de transformación política a las mayorías, propiciar cambios que mejoren realmente las condiciones de vida de la población, etc. Por supuesto que la efervescencia de la protesta masiva en la calle y el desarrollo de proyectos microutópicos suponen momentos de ruptura que abren la posibilidad de la transformación, imaginan otros mundos posibles, plantean modelos factibles basados en la solidaridad. El problema que detectamos es que, en los planteamientos actuales de una parte importante de la izquierda, se ha asumido la ausencia de un horizonte de transformación de la sociedad que predica la ideología dominante, más allá de las pequeñas reformas o el pequeño experimento social que dejan el conjunto del sistema intacto. ¿Por qué sucede esto? Al contrario de lo que piensa Zibechi, si no hay estrategia, si no hay dirección, no hay horizonte utópico para la superación del sistema. Si no hay horizonte utópico de superación del sistema, ambos caminos de la izquierda, ya trillados por lo demás, se

sitúan dentro del cierre ideológico de posibilidades de transformación del orden social.

La crisis de la izquierda es un caldo de cultivo perfecto tanto para el pragmatismo posibilista como para el refugio en el gueto político. No obstante, no existe una simple oposición ni contradicción entre ambas vías, sino una doble relación bastante evidente que las vincula. En primer lugar, ambas son respuestas en falso a la derrota de la izquierda, ambas asumen e integran como tales una parte de la ideología hegemónica. Si el realismo de izquierda asume el típico reduccionismo de la exclusividad de la política del Estado, desde el radicalismo movimientista se adopta también una posición antipolítica operando el reduccionismo contrario, pero realizando igualmente la separación liberal entre la sociedad civil y la sociedad política. En segundo lugar, ambas tendencias surgen históricamente a partir de una aceptación por parte de la izquierda de la despolitización de la economía y una ocultación del antagonismo de clase, lo que supone una aceptación implícita de que el capitalismo ha venido para quedarse. En tercer lugar, el realismo de izquierda se complementa bastante bien con unos movimientos sociales declaradamente apolíticos. Una izquierda de base apolítica que se fortalece pero que no tiene un proyecto alternativo de sociedad a nivel del Estado, ni tampoco tiene capacidad para hacerlo desaparecer u organizar la sociedad de otra manera, requiere de una izquierda estatal adecuadamente segregada, carente de espacios de intermediación.

Más allá de sus virtudes, que existen, el problema del espontaneísmo autonomista es la renuncia a la revolución, el quedarse con el momento bonito, no asumiendo los problemas, conflictos y la inmoralidad que implicaría la revolución. Autonomismo y posibilismo no están dispuestos a pagar el precio de una transformación radical de la sociedad. Haciendo eco del discurso liberal anticomunista de la Guerra Fría, asumen que esta implica necesariamente el terror, frente al cual es mejor acomodarse al orden positivo existente. El autonomismo y el espontaneísmo se niegan a desarrollarse más allá del momento y de lo local. Reivindican la revolución en teoría, pero la repudian en la práctica. El realismo de izquierda asume la necesidad de intervenir en el orden positivo, transformar la sociedad hacia algo distinto, pero lo hace postergando cualquier transformación sustancial indefinidamente. Lo dicho no son suposiciones, son hechos demostrados una y otra vez

por la práctica política. Esto no quiere decir que el realismo político y el espontaneísmo autonomista sean lo mismo. El autonomismo busca una transformación utópica renunciando a hacerlo en una escala en la que sea realmente significativa, mientras que el realismo de izquierda supone una renuncia formal a cualquier transformación sustantiva. No son lo mismo, pero son un síntoma de lo mismo, de la ausencia de un cuerpo para un sujeto político, de la ausencia de una voluntad política de trascender la sociedad capitalista.

El autonomismo es un campo estúpido para la experimentación política y utópica. Hay en él una búsqueda política real. El problema es que, por sí misma, esta búsqueda está destinada a permanecer siempre insatisfecha. Se busca un momento político verdadero y de ruptura, pero se evita por todos los medios verlo como el nacimiento de un nuevo orden. Esto implica una dependencia de la existencia permanente de algún amo al que enfrentarse, el tirano que es constitutivo de la subversión de la política radical, del momento bonito, pero que no debe ser batido, pues esto implicaría asumir la responsabilidad del poder. El problema es que nadie parece dispuesto hoy día a pagar el precio real que implica una revolución. Este es finalmente el mismo callejón sin salida en el que se introducen voluntariamente los filósofos políticos radicales, que exaltan el momento político de la revolución, pero se desentienden de lo que pudiera ocurrir al día siguiente. Laclau y Mouffe también identifican la revolución y la transformación radical de la sociedad como un proyecto inevitablemente totalitario. Sin embargo, hay un mayor grado de sinceridad aquí, en la medida en que un proyecto político anticapitalista se muestra por completo ajeno a la sociedad plural, liberal y democrática que pretenden profundizar. Liberalismo y libertarismo posmodernos expresan la pérdida de un horizonte de superación del capitalismo en la izquierda, y la mayor fortaleza del sistema capitalista en la actualidad procede de la incapacidad o la falta de voluntad de sus rivales de pensar más allá del mismo.

Las falsas salidas de la izquierda a la situación de dominio del neoliberalismo, de realización de la ideología sistémica, implican asumir la derrota y entregar las armas. Si el obrerismo economicista moderno fue derrotado, el libertarismo posmoderno nace derrotado e instalado en la derrota, y el liberalismo de izquierda comulga plenamente con la ideología dominante renunciando a cualquier horizonte

utópico. La principal arma que se ha entregado y de la que se prescinde en estas vías es una indispensable: la de la organización revolucionaria como institución mediadora entre las solidaridades e identidades locales y otras escalas y dimensiones de la política. Frente al espontaneísmo, sin instituciones mediadoras que afronten el problema de organizar a los muchos, se acaba por demandar una configuración populista en el sentido de una interlocución directa y no mediada entre el líder que centraliza cierto grado de poder y la masa huérfana de organización. Frente a la microutopía, la ausencia de organización intermediadora termina dando lugar al parroquialismo, la pérdida de aspiraciones universalistas, la imposibilidad de trabajar a todas las escalas y una deriva política entre lo conservador y lo marginal.

¿Qué forma debe asumir la organización revolucionaria? Apostamos por una organización de clase y que suponga parte de la construcción política de la clase. Una organización que tiene que plantearse los problemas propios de organizar a los muchos de forma democrática, de intervenir en el conjunto de la sociedad y de transformar al Estado. Este texto no ofrece soluciones al respecto, pero señala dónde no están las soluciones o, mejor dicho, que no plantearse estos problemas no hace que desaparezcan, una afirmación que podría parecer una perogrullada, pero que contrasta con la actitud de gran parte de la izquierda actual, que tiende a ocultar la cabeza en la tierra ante este tipo de cuestiones. La gran solución de la izquierda posmoderna a los problemas de la organización y la estrategia, en su vertiente liberal y en su vertiente libertaria, es no plantearse los.

Una tarea tal como proponer un horizonte anticapitalista requiere un sujeto político robusto, una voluntad política clara. Construir este sujeto implica hacerlo y organizar en una dirección y no en otra. El cuerpo del sujeto político es la organización revolucionaria. El siglo XX ha dejado varios modelos paradigmáticos de organización revolucionaria. Una reflexión sobre la forma que exigiría adoptar la organización revolucionaria en el contexto actual debería partir de una crítica en profundidad de estas fórmulas. ¿Hay que volver a las formas del pasado? No. Hay que reinventar la organización revolucionaria a través de las prácticas políticas actuales. Estas fórmulas deben también ser superadas. Pero no por falsas soluciones que conduzcan a nuevos callejones sin salida.

Bibliografía

-
- Arkonada, Katu y Klachko, Paula 2016 *Desde abajo. Desde arriba. De la resistencia a los gobiernos populares: escenarios y horizontes del cambio de época en América Latina* (La Habana: Caminos).
- Baudrillard, Jean 2009 *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras* (Madrid: Siglo XXI).
- Bensaïd, Daniel 2004 *Cambiar el mundo* (Madrid: La Catarata).
- Boron, Atilio 2000 *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo* (Buenos Aires: CLACSO-FCE).
- Boron, Atilio 2002 *Imperio & imperialismo: una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri* (Buenos Aires: CLACSO).
- Boron, Atilio 2004 “Reflexiones en torno al gobierno de Néstor Kirchner” en *Revista SAAP* (Buenos Aires) Vol. I, N° 2.
- Boron, Atilio 2008 *Estado, capitalismo y democracia en América Latina* (Euskal Herria: Hiru).
- Boron, Atilio 2009 “¿Quién sostendrá a la nueva constitución en Bolivia?” en *CubaDebate*. Disponible en <<http://www.cubadebate.cu/opinion/2009/02/10/quien-sostendra-a-la-nueva-constitucion-en-bolivia/#.WWqT01FGnIU>>.
- Boron, Atilio 2012 *América Latina en la geopolítica del imperialismo* (Buenos Aires: Luxemburg).
- Boron, Atilio 2016 “La tragedia brasileña”. Disponible en <<http://kontrainfo.com/atilio-boron-sobre-el-golpe-en-brasil-al-capitalismo-jamas-le-intereso-la-democracia>>.

- Boron, Atilio 2017 “Una reflexión sobre el progresismo latinoamericano” en Szalkowics, Gerardo y Solana, Pablo (comps.) *América Latina. Huellas y retos del ciclo progresista* (Buenos Aires: Sudestada).
- Chávez, Franz 2008 “Bolivia: Morales Reaches Two-Year Milestone” en Upside Down World. Disponible en <<http://upside-downworld.org/archives/bolivia/bolivia-morales-reaches-two-year-milestone>>.
- De Soto, Hernando 2001 *El misterio del capital: por qué el capitalismo triunfa en Occidente y fracasa en el resto del mundo* (Lima: Sudamericana).
- Dean, Jodi 2016 *Crowds and Party* (Nueva York: Verso).
- Debord, Guy 2005 *La sociedad del espectáculo* (Valencia: Pre-textos).
- Díaz Parra, Ibán; Jover, Jaime y Roca, Beltrán 2017 “Del 15M al giro electoralista. Proyectos espaciales y fetiches políticos en las estrategias de acción colectiva” en *Cuadernos Geográficos* (Granada) Vol. LVI, N° 1.
- Díaz Parra, Ibán; Roca, Beltrán y Romano, Silvina 2016 “Political activists’ frames in times of post-politics: evidence from Kirchnerism in Argentina and Podemos in Spain” en *Contemporary Social Science* (Londres: Taylor & Francis) Vol. X, N° 4.
- Eagelton, Terry 2005 *Ideología, una introducción* (Barcelona: Paidós).
- Echeverría, Bolívar 1998 *Valor de uso y utopía* (México DF: Siglo XXI).
- Echeverría, Bolívar 2013 *La modernidad de lo barroco* (México DF: Era).
- Elías, Antonio 2012 “Frente Amplio: veinte años sin proyecto histórico” en Regalado, Roberto (coord.) *La izquierda latinoamericana. A 20 años del derrumbe de la Unión Soviética* (México DF: Ocean Sur).
- Escobar, Arturo 1998 *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo* (Caracas: Ministerio del Poder Popular para la Cultura).
- Escobar, Arturo 1999 “Antropología y desarrollo” en *Maguaré* (Universidad Nacional de Colombia) N° 14.
- Escobar, Arturo 2004 *Más allá del Tercer Mundo. Globalización y diferencia* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia).

- Esteva, Gustavo 1999 “Desarrollo” en Viola, Andreu (comp.) *Antropología del desarrollo. Teorías y estudios etnográficos en América Latina* (Buenos Aires: Paidós).
- Fazio, Carlos 2016 *Estado de emergencia: de la guerra de Calderón a la guerra de Peña Nieto* (México DF: Penguin).
- Featherstone, Mike 1994 “City Cultures and Post-Modern Lifestyles” en Amin, Ash (comp.) *Post-Fordism: a reader* (Oxford: Blackwell).
- García Linera, Álvaro 2013 *Geopolítica de la Amazonía. Poder hacendal-patrimonial y acumulación capitalista* (La Paz: Gobierno del Estado Plurinacional de Bolivia).
- García Linera, Álvaro 2015 *Socialismo comunitario: un horizonte de época* (La Paz: Vicepresidencia del Estado, Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional de Bolivia).
- Harvey, David 2007 *Breve historia del neoliberalismo* (Madrid: Akal).
- Holloway, John 2003 *Cambiar el mundo sin tomar el poder* (Barcelona: El Viejo Topo).
- Holloway, John 2011 *Agrietar el capitalismo. El hacer contra el trabajo* (Buenos Aires: Herramienta).
- Jameson, Fredric 2015 *Posmodernismo. La lógica cultural del capitalismo avanzado* (Buenos Aires: La Marca) Vol. III.
- Kamat, Sangeeta 2015 “The New Development Architecture and the Post-Political in the Global South” en Wilson, Japhy y Swyngedouw, Erik (comps.) *The Post-Political and its Discontents. Spaces of Depoliticisation, Spectres of Radical Politics* (Edimburgo: Edinburgh University Press).
- Laclau, Ernesto 2005 *La razón populista* (México DF: FCE).
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal 2004 *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* (México DF: FCE).
- Larraín, Jorge 2007 *Ideología. Carlos Marx* (Santiago de Chile: LOM) Vol. I.
- Larraín, Jorge 2010 *El concepto de ideología. Postestructuralismo, Postmodernismo y Postmarxismo* (Santiago de Chile: LOM) Vol. IV.
- Marx, Karl 1973 *El Capital. Crítica de la economía política* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales. Instituto Cubano del Libro) Tomo I.

- Moldiz Mercado, Hugo 2008 “Bolivia: la recta final” en *Contexto Latinoamericano* (Bogotá) N° 7, abril.
- Morales, Juan Antonio 1992 “Cambios y consejos neoliberales en Bolivia” en *Nueva Sociedad* (Buenos Aires) N° 121, septiembre-octubre.
- Muñoz, María Antonia y Retamozo, Martín 2008 “Hegemonía y discurso en la Argentina contemporánea. Efectos políticos de los usos de pueblo en la retórica de Néstor Kirchner” en *Perfiles Latinoamericanos* (México DF: FLACSO) N° 21, enero-junio.
- Orellana Aillón, Lorgio 2006 “Hacia una caracterización del gobierno de Evo Morales” en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año VI, N° 19.
- Pásara, Luis 2012 *International Support for Justice Reform in Latin America: Worthwhile or Worthless?* (Washington DC: Woodrow Wilson International Center for Scholars).
- Petras, James 1999 “NGOs: in the service of imperialism” en *Journal of Contemporary Asia* (Londres: Taylor & Francis) N° 29, 4.
- Quintana, Juan Ramón (coord.) 2016 *Bolivialeaks. La injerencia política de Estados Unidos contra el proceso de cambio (2006-2010)* (La Paz: Ministerio de la Presidencia, Centro de Investigaciones Sociales).
- Ranhema, Majid 1996 “Participación” en Sachs, W. *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder* (Lima: PRATEC).
- Rodríguez, María Carla 2009 “Derecho a la ciudad y autogestión cooperativa en Buenos Aires” en *Centro-h* (Quito) N° 3, abril.
- Rodríguez, María Carla; Di Virgilio, María Mercedes; Arqueros Mejica, Soledad; Rodríguez, María Florencia y Zapata, María Cecilia 2015 “Contradiendo la Constitución de la ciudad. Un análisis de los programas habitacionales de la ciudad de Buenos Aires en el período 2003-2013” en *Documento de Trabajo* N° 72 (Buenos Aires: CLACSO/IIGG) mayo.
- Romano, Silvina 2015 “Guatemala, Estados Unidos y las ONGs: la desarticulación del Estado y el rol de la asistencia” en *De Raíz Diversa* (México DF: UNAM) Vol. III, N° 5.
- Romano, Silvina y Díaz Parra, Ibán 2016 “El Estado en América Latina: entre el neodesarrollismo y la postpolítica. Aportes

- desde Guatemala” en *Ciencias Sociales y Humanidades* (Guatemala: USAC) Vol. III, N° 2.
- Saxe-Fernández, John; Petras, James; Veltmeyer, Henry y Núñez Rodríguez, Omar 2001 *Globalización, imperialismo y clase social* (México DF: Lumen Humanitas).
- Serrano Mancilla, Alfredo 2016 “Bolivia: una economía eficazmente precavida”, Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica (CELAG). Disponible en <<http://www.celag.org/bolivia-una-economia-eficazmente-precavida>> 1 de noviembre.
- Stefanoni, Pablo 2012 “Posneoliberalismo cuesta arriba. Los modelos de Venezuela, Bolivia y Ecuador en debate” en *Nueva Sociedad* (Buenos Aires) N° 239.
- Torres Rivas, Edelberto 2006 “Guatemala: desarrollo, democracia y los acuerdos de paz” en *Revista Centroamericana de Ciencias Sociales* (Costa Rica) Vol. III, N° 2.
- Turner, John y Fitcher, Robert 1976 *Libertad para construir: el proceso habitacional controlado por el usuario* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Vollenweider, Camila y Romano, Silvina 2017 “Lawfare. La judicialización de la política en América Latina”, Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica (CELAG). Disponible en <<http://www.celag.org/lawfare-la-judicializacion-de-la-politica-en-america-latina>>.
- Walsh, Rodolfo 1977 “Carta abierta a la Junta Militar”. Disponible en <<https://www.educ.ar/recursos/129063/carta-abierta-de-rodolfo-walsh-a-la-junta-militar>>.
- Wilson, Japhy y Swyngedouw, Erik (comps.) 2015 *The Post-Political and its Discontents. Spaces of Depoliticisation, Spectres of Radical Politics* (Edimburgo: Edinburgh University Press).
- Wylde, Christopher 2012 “¿Continuidad o cambio? Política económica argentina posterior a la crisis y el gobierno de Néstor Kirchner, 2003-2007” en *Íconos, Revista de Ciencias Sociales* (Quito: FLACSO) N° 43.
- Zibechi, Raúl 2007 *Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento* (Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos).
- Žižek, Slavoj 2003 *Ideología, un mapa de la cuestión* (Buenos Aires: FCE).

Žižek, Slavoj 2006 “Against the populist temptation” en *Critical Inquiry* (The University of Chicago Press) Vol. XXXII, Nº 3.

Žižek, Slavoj 2011 *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política* (Buenos Aires: Paidós).

El libro que presentamos aborda algunos de los principales desafíos que atribulan a la izquierda latinoamericana en el momento actual. En efecto, enfrentamos una feroz arremetida del imperio que procura desandar en Latinoamérica el camino iniciado, en su fase más reciente, con el triunfo de Hugo Chávez Frías en 1998. El objetivo de máxima, sin embargo, va más lejos: arrasar también con todo el acumulado histórico, con el aprendizaje de los pueblos y las enseñanzas de las luchas populares desatadas en todo el continente a partir del triunfo de la Revolución Cubana acaecido casi cuarenta años antes.

En este delicado contexto regional no podría ser más urgente plantearse el tema que Romano y Díaz Parra encaran en su escrito: ¿Qué hacer? se preguntan, retomando la clásica interrogante de V.I. Lenin. Al igual que este lo hiciera en su libro, la indagación de nuestros autores transita por dos vías: por la cuestión ideológica y por la crucial problemática de la organización.

Quienes realmente estén dispuestos a librar una lucha contra el capitalismo y el imperialismo deberían tener siempre presente contra qué clase de enemigo están luchando y lo que es capaz de hacer. Y reflexionar sobre los temas que con tanta lucidez y espíritu anticapitalista exponen Romano y Díaz Parra en su libro.

Atilio A. Boron